INDESEADA QUIETUD

INDESEADA QUIETUD

Redactores: JLM y JCJ. Nº26. Revista literaria sin nombre fijo ni contenido fijo que no se sabe si volverá a editarse.

EDITORIAL

Deseamos movernos, avanzar, progresar.

Deseamos estar tranquilos, cómodos, instalados en la estabilidad y la pereza.

¡Qué difícil resulta compatibilizar ambos deseos! Tanto o más que sustraerse al magnetismo de alguno de ellos. Pues deseamos el cambio, la mejoría, pero sin dolor, sin esfuerzo. Aunque seamos conscientes de que el cambio depende de nuestro empeño y nuestra voluntad, preferiríamos que fuera otro quien realizase el trabajo en nuestro lugar, recibir los beneficios sin luchar por ellos.

Tal vez es una cuestión de economía natural.

Es fácil acostumbrarse a la indolencia. Nos dicen que el trabajo es salud, que el trabajo santifica pero, ¡qué duro es trabajar! ¡Qué frustrante y desesperanzador! Matarse a trabajar para nada. Ésa es la consecuencia habitual del esfuerzo, que el resultado esté bien lejos de las expectativas.

Tal vez sea cuestión de expectativas también. Moverse está bien pero, ¿para qué? Si no sabemos hacia dónde vamos, ¿a qué moverse? Un esfuerzo inútil o peligroso. Pero, a la vez, cuando todo te agobia te moverías cómo fuera y hacia dónde fuera. De nada sirve en tales situaciones el famoso pájaro en mano. Necesitas escapar, huir, volar. Y para ello es necesario moverse, poco importa el destino. Es más, a veces el impulso es tan grande que no hay ni tan siquiera un plan, un proyecto o un fin determinado. Sólo cuenta el proceso de escapar, la sensación de estarse moviendo y, en consecuencia, alterando la situación de partida que no deseamos mantener.

Por otra parte, cunde el desánimo. Pensamos que nuestro movimiento favorece a otro. Parece que hay manos ocultas, voluntades férreas controlando cada acción. Alguien que sabe lo que desea y cómo conseguirlo: a través de nosotros y nuestro esfuerzo. Nos sentimos

manejados, como si alguien moviera nuestros hilos. Tal vez lo pensamos con razón. O tal vez se trata de excusas. Nos dejamos llevar o, como más notoria oposición, nos detenemos, bloqueándonos, de paso, nuestra propia salida, cortándonos el camino. Moverse o detenerse en seco, he ahí el dilema. Esperar que todo se arregle solo. Que me quede como estoy. Que la vida no duela, aunque sea a través de la quietud de la muerte.

Somos seres extraños los humanos. Quizá es nuestra herencia animal la que nos hace así. O ese cerebro del que tanto presumimos y que, al cabo, lo desea todo a cambio de nada. Una postura tan cómoda como ineficaz. Pero, ¿cómo convencerse de lo contrario si la actividad rara vez obtiene la ansiada recompensa?

VIAJAR GRATIS

En realidad, la culpa de todo la tuvieron los fundamentalistas islámicos. No directamente pero, ahora que todo iba mal, era sencillo y hasta lógico responsabilizarlos de lo que sucedió después.

Los puñeteros terroristas tenían Egipto patas arriba y al gobierno, con la economía del país maltrecha por la drástica reducción del turismo, no le quedó otra opción que buscar una nueva fuente de ingresos. Así que, tras estrujarse la cabeza tanteando posibles soluciones, se les ocurrió su propuesta a Moon Electronics, la empresa más avanzada en realidad virtual. Los programadores se mostraron entusiasmados. El desafío merecía la pena y los beneficios, caso de tener éxito en las simulaciones y si el negocio penetraba en el mercado, serían pingües y duraderos.

Como la cosa funcionó y siempre hay listos que tratan de aprovecharse de los avances ajenos, al cabo el pobre Miguel se vio en la presente situación. A su mujer, Clara, y a él les gustaba tanto viajar que no se lo pensaron demasiado a la hora de ver satisfecho su sueño sin empeñar hasta la camisa en el intento. Fue bonito durante un tiempo. Pero ahora el pobre Miguel se veía cubierto de mierda hasta las cejas.

Todo empezó cinco años atrás. Los atentados tenían atemorizada a gente de los cinco continentes. Y mucha de esa gente, por miedo a los terroristas islámicos, dejó de viajar. Muchos países

vieron afectada su balanza de pagos por la reducción del turismo. La falta de divisas colocó a más de un gobierno al borde del abismo. Y los más perjudicados fueron, cómo no, los egipcios, tan dependientes del turismo y con los fanáticos islamistas entre su propia gente. Pocos, cada vez menos, eran los que se atrevían a visitar sus pirámides y templos. El riesgo era demasiado. O, cuando menos, así se intuía desde fuera. Un par de atentados a la semana, la mayoría dirigidos contra objetivos turísticos, no eran moco de pavo. Incluso habían puesto una bomba en Abu Symbel y una de las estatuas había sufrido daños. Menos mal que la construcción aún se mantenía en pie, al contrario de los Budas de Afganistán.

Entonces apareció Jamaal Ismael Jackson, un negrito yanqui hijo de reconvertidos al Islam. Circuncidado pero en absoluto creyente. Desde luego que no era fiel a los mandatos del Profeta, pero sí a las necesidades de su exigente bolsillo. Así que el americano se ofreció al gobierno egipcio para hacerles una campaña publicitaria. Y a punto estuvo de caerse con todo el equipo. Porque los atentados seguían y los anuncios no atraían a más visitantes y sí dilapidaban millones de libras que bien podían dedicarse a otros fines.

Pero un día, una noche más bien, Jamaal tuvo una iluminación. Más tarde lo relataría orgulloso a todo el mundo. Tal como lo contaba, lleno de adorno e impostura, aquello parecía un milagro divino, pero los que lo conocían bien no descartaban que los psicotrópicos, marihuana incluida, tuvieran bastante que ver en el desarrollo de la idea.

Si Egipto era un lugar peligroso, si los turistas temían acercarse a la fuente de cultura milenaria, ¿por qué no acercar Egipto a la gente? Jamaal pensó que, igual que los anuncios y documentales sobre Egipto se exportaban, también podían exportarse las visitas a los magníficos monumentos. Era algo así como el famoso adagio de Mahoma y la montaña. Salvando las distancias, temporales y divinas, la tecnología permitía exportar Egipto al resto del mundo sin que el resto del mundo tuviera que acercarse a Egipto. Y lo mejor era que la exportación, barata y factible, podía rendir buenos réditos y divisas al gobierno egipcio. La idea, de hecho, era tan buena, que podía extenderse a todas las obras de arte y los parajes naturales que atraían turistas a lo largo y ancho del planeta. La tecnología permitía

realizar viajes virtuales, casi tan reales como los viajes físicos. No era igual, por supuesto. Pero resultaba más barato, también más seguro. Y para el vendedor del viaje el número de clientes podía multiplicarse, tanto como los beneficios.

Las autoridades del país no estaban muy convencidas con la idea, Pero el coste no parecía demasiado elevado y la situación del sector turístico era harto complicada. Ya que en nada se podía ayudar a los hosteleros, comerciantes y guías locales, al menos el Estado debía intentar mantener sus divisas. Por eso dieron carta blanca a Jackson quien, casi de inmediato, se puso en contacto con la gente de Moon Electronics donde, según se rumoreó después, trabajaba un buen amigo suyo. Los de la empresa de programación se mostraron entusiasmados y se pusieron, casi de inmediato, manos a la obra.

Tardaron un par de años en terminar el producto. Para entonces la situación internacional no había mejorado, conque el lanzamiento superó las mejores expectativas y el recién inaugurado negocio se convirtió en un éxito inmediato. El prototipo constaba de un sencillo traje sensorial, semejante al traje de un nadador, y un sofisticado casco que permitía ver, oír y hasta oler los paisajes. El invento se completaba, y era ésta la parte esencial, con el propio programa de realidad virtual que permitía visitar los lugares como si uno se encontrara allí propiamente. Viajar a Egipto se convertía en algo tan sencillo, rápido y seguro como encender el reproductor, ponerse el traje, colocar el programa de viaje y sumergirse en un mundo cibernético que reproducía, con todo detalle y precisión, los lugares de interés. Aún más, la visita era una experiencia personal, sin acompañantes indeseados, tan real o más que la verdadera, física. Uno podía visitar los lugares reservados, las cámaras más ocultas e inaccesibles. Sin problemas de permisos, hundimientos, molestias. Sin pagar por cada lugar por separado y sin desplazarse de un sitio a otro en viajes largos e incómodos en barco, autobús o avión. Con pulsar un botón podía cambiar la perspectiva, acercarse a cada objeto, tocar las obras de arte, activar la locución de un guía explicando los detalles solicitados. Lo único que recordaba la falsedad de todo aquello eran el propio traje y el cursor que el viajero controlaba para apuntar a los objetos o lugares de interés y acceder al menú interactivo. En un

minuto uno se encontraba frente a las pirámides de Gizeh, al instante podía sobrevolar la de Keops y posarse en su cumbre para, al momento, desplazarse en un imposible vuelo de pájaro por el túnel que conducía a la cámara mortuoria. Sin despeinarse, podía teletransportarse a la Esfinge, recorrer el desierto, hacer una breve visita al Museo de El Cairo para comprobar cualquier dato u observar un objeto allí trasladado desde su emplazamiento original, visitar Abu Symbel, el Valle de los Reyes, el templo de Karnak o las pirámides de Shaqqara. Todo sin tener que gastar horas o días en los desplazamientos, sin aguardar colas interminables, sin calor, sin hambre, sin cansancio, sin desembolsar más dinero que el coste del programa y el equipo de reproducción.

Obviamente, el éxito fue fulminante. El Estado de Egipto recibió buena parte de los beneficios y se lanzó a sufragar nuevos viajes virtuales: Sinaí, el Mar Rojo, los oasis, Alejandría sumergida, crucero por el Nilo, visita a las mezquitas. Las posibilidades eran interminables. Como el traje sensorial y el lector virtual habían sido costeados y patentados por Moon Electronics, los beneficios de la empresa fueron ingentes. Aunque una parte, por colaborar en el desarrollo, también fue para las autoridades egipcias, incrédulas ante la lluvia de millones y dispuestas a convertir al señor Jackson en santón, además de incuestionable gurú de las finanzas.

Los demás países, celosos de aquel éxito y temerosos de perder su parte del pastel, contactaron de inmediato con los de Moon. Ingleses y franceses, por una vez de acuerdo, pretendieron desarrollar sus propios programas de realidad virtual, lo cual retrasó sus visitas virtuales y multiplicó sus gastos. Los estadounidenses, siempre dispuestos a destacar, cedieron el desarrollo a varias empresas de su Silicon Valley, también rezagadas con respecto a los de Moon. Aunque, finalmente, todos obtuvieron sus propios sistemas, al cabo el que se extendió fue el formato original, con algunas innovaciones de japoneses y yanquis, así que, uniformizado el mercado, pronto cada país tenía sus propios sensodramas culturales y de ocio para mostrar las bellezas patrias. Si bien las visitas virtuales no eran tan provechosas como las reales, suponían un beneficio fácil, inmediato y casi permanente además de que, cuando finalmente se tranquilizó la

situación sociopolítica, se suavizaron conflictos y diferentes zonas quedaron libres de la lacra terrorista, algunos viajeros virtuales se animaron a contemplar en la realidad los lugares visitados en el ciberespacio, de modo que la nueva tecnología sirvió de acicate al turismo de siempre y completó las temporadas bajas o de visita imposible, con viajes digitales.

Miel sobre hojuelas, como quien dice, con la pasta fluyendo a mansalva para los gobiernos, el sector turístico y los programadores y hasta la gente más humilde viajando, siquiera virtualmente, con un coste alto para sus magros bolsillos pero no del todo prohibitivo.

Y entonces, cómo no, la piratería se convirtió en un auténtico problema. Como siempre.

También en bendición para algunos, quizá para muchos más de los que se asumía oficialmente.

En el mundo digital es fácil obtener copias de cualquier tipo de información, de cualquier clase de programa y tecnología. La realidad virtual no fue una excepción.

Mientras los técnicos, promotores y comerciales se frotaban las manos planificando los nuevos productos para el sector: vídeos de conciertos musicales presenciales, juegos en primera persona, películas y teleseries interactivas, sexo virtual, sin duda la actividad que se preveía más rentable, los programadores aficionados, expertos por libre y algún mangante que otro, se devanaban los sesos para conseguir la copia ilegal de los sistemas de realidad virtual. Y, obviamente, el éxito les sonrió más pronto que tarde. Un universo de viajes gratuitos se abrió de repente para todos aquéllos dispuestos a tomar el atractivo atajo que bordeaba las formas legales del negocio. Miles de copias piratas de los viajes empezaron a circular por la red, reproductores desprotegidos y plagios descarados de las principales plataformas, con menor coste y escasas limitaciones en cuanto a la reproducción. La polémica estaba servida. El negocio de algunos y el miedo de otros, las denuncias, los trapicheos, los intercambios, estaban a la orden del día.

Y aquí, justo en este momento, nos encontramos con el involuntario protagonista de nuestra historia: Miguel Rojo, circunstancial pirata informático usuario de copias ilegales.

Miguel sabía poco de informática. Pero ese poco y unos cuantos consejos de amigos fueron suficientes para integrarlo en el mundo de las descargas ilegales. Él y su mujer, Clara, deseaban viajar por todo el mundo, pero no tenían suficiente dinero para hacerlo. Como tantos otros, se habían conformado con el sucedáneo virtual. Pero incluso los viajes virtuales eran caros. Miguel y Clara habían adquirido el costoso reproductor, un buen equipo de visualización y, con supremo esfuerzo, un viaje virtual a Portugal, de los menos caros, por razones obvias de proximidad, en las tiendas españolas. Pero no podían permitirse el lujo de adquirir viajes con la frecuencia que hubieran deseado. Alquilar dos programas de realidad virtual por año ya suponía un considerable dispendio de recursos. Si se trataba de adquirir la copia legal del programa para disfrutar y exprimir el viaje al máximo, el coste era tan elevado para su humilde economía que debían conformarse con viajes cortos y de escasa calidad, a lugares próximos o meras excursiones que no satisfacían sus ansias de viajar. Por eso, cuando empezaron a circular las copias piratas, Miguel se sintió profundamente atraído por aquel mundo que intuía sofisticado y complejo antes que ilegal. Al comprobar, por un par de amigos piratas empedernidos, que los viajes eran factibles y que el pirateo resultaba de lo más simple si uno dominaba unos mínimos conocimientos, se lanzó de llenó a acumular nuevas experiencias virtuales.

Al principio Clara, tan atemorizada como él por la tecnología y bastante más preocupada por la legalidad, se mostró reacia a que su marido se dedicase a tales trapicheos pero, comprobada la sencillez del proceso y la calidad del resultado, se rindió por completo a la novedad y ella misma lo animó a proseguir con las descargas ilegales, sugiriendo viajes y compañías que los ofrecían. Bastó con probar una sesión del viaje a París, con su paseo en barco por el Sena, su vuelo entre los edificios, posarse en la Torre Eiffel, recorrer cada sala del Louvre, visitar Versalles o pasear por la *Rive Gauche*, para que la honrada ciudadana se convirtiera en fanática de la copia pirata.

Así disfrutaron los Rojo de muchos viajes, unos mejores y otros peores, no tantos como para hartarse de viajar pero tampoco menos de sus dos visitas por mes, completando, quizá, sus buenas cuatro docenas de excursiones y viajes virtuales. Pudieron conocer de

primera mano Italia, Grecia, volver a Inglaterra y visitar los lugares de Londres que ya conocían, viajar a Noruega en pleno invierno y moverse, sin frío, por los glaciares más allá del círculo polar, desplazarse en camello por el desierto árabe con absoluta sensación de verosimilitud o lanzarse por el salto del Ángel como si fueran un ave voladora o un suicida. Las sensaciones eran maravillosas y los viajes tan verídicos para los sentidos como para estar seguros de que una visita física no les aportaría un mayor conocimiento. Fueron a China, a Canadá, a Australia, y de safari fotográfico por Sudáfrica. Visitaron, cómo no, su adorado Egipto, en la versión original, y ya anticuada, del viaje y en su versión más reciente y espectacular. Por visitar, incluso realizaron un viaje virtual a la Luna, recorriendo el polvoriento suelo de uno de sus cráteres como si fueran astronautas acostumbrados a moverse por esos lares. Aquellos viajes eran absolutamente maravillosos y el poder realizarlos les hacía sentir más vivos y completos. Viajar les alejaba de la triste realidad cotidiana y les permitía sobrellevar con más ánimo los continuos sinsabores de su vida y sus miserables trabajos y rutinas.

Pero los paraísos siempre tienen su cruz, la felicidad nunca es gratis sino que requiere el pago de un precio. De manera que, finalmente, a nuestro pobre Miguel, le llegó su pertinente castigo por su intrepidez.

Desde hacía meses se oían rumores de un endurecimiento de las penas para los piratas informáticos y los usuarios de copias o descargas ilegales. Es cierto que, de vez en cuando, pillaban a un grupo de choricillos que se dedicaban a mercadear con los programas de realidad virtual. Aquello, no obstante, se percibía como cosa ajena y lejana. Miguel, como tantos otros, se limitaba a un uso particular de sus copias. Es más, un uso cuasilegal, pues nadie le impedía contar con miles de amigos con los que compartir sus programas a través de la red, sin pagar ni recibir un euro a cambio.

Pero el asunto de los derechos de autor llevaba ya varias décadas siendo peliagudo. La quiebra del negocio musical ya había puesto a los demás sectores sobre aviso y al acecho. El cine no llegó a arruinarse. Antes se reconvirtió. Primero con las tres dimensiones y luego con la virtualidad. Y las sociedades de gestión de derechos

actuaban como una policía draconiana para evitar que el sector de la cultura sufriera una nueva hecatombe. La piratería, a un nivel limitado, era tolerable y hasta deseable para hacer conocer nuevos productos y animar a ciertos compradores a adquirir nuevos reproductores, aunque fuera para sus copias ilegales. Pero nadie estaba dispuesto a consentir la competencia real del submundo de los ilegales. Por eso las leyes se endurecieron. La propia Sociedad de Autores favoreció la aprobación de nuevas leyes sobre derechos de imagen que favorecían sus intereses: no se podían tomar fotos ni realizar grabaciones de lugares de interés, por públicos que fueran. No se podían realizar grabaciones privadas de los propios viajes sin permiso expreso de los gestores de monumentos y paisajes. El álbum de fotos o el vídeo vacacional pasaron a la historia. Si uno los colgaba, orgulloso, en la red, lo podían empapelar. Así se cargaron el boyante intercambio de archivos virtuales caseros. Pero, no contentos con ello, seguían apretando las clavijas de los clientes, considerados sospechosos antes que potenciales compradores.

A oídos de Miguel habían llegado, como leyendas urbanas al uso, noticias sobre novedosos y crueles sistemas antipirateo. Pero nunca hasta la fecha había topado con una grabación de las que se anunciaban. Todo lo más, un sensodrama no funcionaba, o un documental se interrumpía para dar paso a un mensaje de amenaza por parte de las autoridades para desanimar a quien quiera que utilizase copias ilegales. Pero nunca había tenido una mala experiencia ni conocía, entre sus amistades de confianza con las que compartía grabaciones, un caso de detención, amenaza, multa o mera advertencia. Lo que, como pudo comprobar en sus propias carnes, no significaba que los métodos disuasorios no existieran realmente más allá de los simples rumores.

Aquella tarde Miguel estaba solo en casa. Clara aún no había vuelto del trabajo y no la esperaba hasta tarde. Así que nuestro hombre decidió que era un buen momento para comprobar su última adquisición: el viaje al Perú precolombino. La copia no era suya. Se la había descargado su amigo Jorge y, aun antes de verla él, siempre tan ocupado, se la había pasado a Miguel para que le echase un vistazo. Lo que parecía una atención por su parte resultó una verdadera maldición.

Nada más introducir el disco en el lector le apareció el menú virtual. Como Miguel ya se había colocado el traje de cibernauta sólo tuvo que pulsar los botones apropiados para avanzar por la presentación. Cuando hubo marcado las opciones: Machu-Pichu, primera persona, visita guiada, comentarios en español, hilo musical, la imagen se volvió negra y, tras el fundido, no se encontró sobrevolando, como esperaba, las verdes cumbres andinas sino que un penetrante olor a descomposición se apoderó de sus sentidos y se vio a sí mismo flotando brevemente en el aire para empezar a caer por el vacío hacia un fondo lejano de color oscuro, más pardo que negro. La voz en off del narrador tampoco era la esperada, sino una voz áspera que, en vez de anunciar las maravillas precolombinas, se limitó a repetir con volumen creciente: "el uso de copias no autorizadas es ilegal y está perseguido por la ley". A Miguel, aquel anuncio que lo convertía en proscrito le hizo sentir cierta preocupación, la cual se volvió más intensa al comprobar que de nada servía pulsar el botón de salida ni el de apagado, como si todos los mandos estuvieran bloqueados. Al poco, la mancha marrón fue aumentando de tamaño y apareció a sus ojos como una enorme pila de chocolate o barro. Pero no era tal. Con creciente congoja comprobó que los guantes táctiles estaban agarrotados, bloqueados sin capacidad de respuesta. No podía moverse a voluntad y debía limitarse a caer y contemplar la escena, que transcurría ajena a su voluntad. Era como si su traje de realidad virtual se hubiera cortocircuitado.

Tuvo tiempo de maldecir entre dientes a su hasta ahora adorado amigo y compañero Jorge. Y, de seguido, cerró la boca y trató de no respirar, acciones aún bajo su control, cuando golpeó con un sonido viscoso y repugnante contra el lago ocre que constituía el único paisaje a su alrededor. Un auténtico lago de mierda, hedionda, gelatinosa, infinita. Había caído de cabeza en un mar fecal. Ahora medio flotaba en la porquería, con las heces cubriéndole hasta los hombros y todo él impregnado de aquel nauseabundo material. Poco importaba saber que no era real sino virtual. La sensación era tan verídica como el resto de sus viajes piratas, el tacto auténtico, el aroma indescriptible.

Miguel se estremeció de espanto. Estaba bloqueado en mitad del programa, cubierto de mierda hasta las cejas y sin poder apagar el programa ni moverse. Temió hundirse en aquello como en unas arenas movedizas. Al menos no fue así. Los creadores del tormento se conformaban con hacerlo flotar en la inmundicia como castigo por sus fechorías. Ya no se oía la voz grabada. No más advertencias. Puro y simple castigo. ¿Tendría programado algún final? No tuvo tiempo de pensar, sintió una vaharada nauseabundo y notó que empezaba a moverse empujado por una extraña corriente coprológica. Avanzaba por aquel mar y sintió que la corriente se aceleraba, al compás de un ritmo viscoso.

Pronto intuyó la catarata hacia la que se deslizaba. Sólo la vio cuando cayó en picado, quizá doscientos metros en vertical, hasta otro pozo de mierda en el que se clavó nuevamente. Otra pausa. Otra corriente. Aquello era infernal. Sólo pensar que Clara tardaría, como poco, un par de horas en regresar, se sintió morir. ¿Sería capaz de apagarlo? ¿Se daría cuenta de su apuro? Mejor no pensar en ello. Peor lo tendría quien viviera solo y cayera en la trampa. Podría permanecer hundido en la mierda hasta que los creadores de la tortura considerasen oportuno. Una imagen extraña le vino a la cabeza. Pensó que los programas de sexo también tendrían su castigo preparado y, por alguna razón, en la imaginación se le representaron dolorosas imágenes de castraciones o relaciones espantosas. Tampoco aquello le consolaba. La corriente se reiniciaba. Nueva caída. Sumergirse en la mierda y vuelta a empezar. La cloaca era interminable, el tormento insufrible.

Cuando Clara llegó tres horas después se asustó sobremanera al encontrar a Miguel contraído sobre sí mismo en posición fetal. Pensó que el aparato había sufrido un cortocircuito, puesto que no respondía a los botones de la consola. Finalmente, apagó el aparato por el procedimiento tradicional del desenchufado, aun a riesgo de estropear definitivamente tan caro producto. Sólo entonces escuchó los gemidos de su marido. Tuvo que quitarle la máscara, el casco, los guantes. Se había orinado encima y lloraba como un niño, o más bien como un loco, ausente por completo de la realidad. Media hora más tarde comenzaba

a reaccionar. Apenas podía hablar, pero la cubría de besos y la abrazaba con desesperación.

Para la hora de la cena, que Miguel ni tan siquiera probó, el hombre se había recompuesto lo suficiente como para poderle relatar la terrible experiencia.

-¡Serán capullos! –exclamó Clara, sinceramente indignada.

Miguel sabía que no comprendía, puesto que no lo había experimentado en sus carnes, lo terrible de la situación. De común acuerdo decidieron no volver a usar aquel cacharro inmundo. Y tenían plena intención de cumplir su promesa.

Lo lograron durante un par de meses en los que el miedo y el recuerdo fueron superiores al aburrimiento. Finalmente, también de común acuerdo, decidieron probar de nuevo la consola. Aún funcionaba y disfrutaron de una breve excursión por la Sierra, una de las que ya tenían realizadas. Ahora su compromiso consistió en usar solamente filmaciones ya comprobadas y seguras. Y éste sí tenían intención de cumplirlo. Al menos hasta que los inventores del asunto encontrasen algún modo de volvérselo a sabotear. No obstante lo cual, las primeras veces de su regreso al ciberespacio, Miguel no podía evitar contraer cada esfínter de su cuerpo y contener la respiración al pulsar el botón de inicio en el menú virtual.

Juan Luis Monedero Rodrigo

LABORATORIO NEOLIBERAL

Mi lucidez habitual me ha llevado a desarrollar este titánico proyecto científico que hasta hoy nadie había sido capaz no ya de vislumbrar sino tan siquiera de intuir o aproximarse a su simple, maravilloso y genial concepto.

El título no debe confundir al lector. No hablo aquí de economía, si bien es la economía, con sus archicomprobados principios de funcionamiento, la que me ha servido de acicate e inspiración. Tampoco deben confundirnos estos tiempos inciertos a la hora de juzgar la salud de nuestro actual sistema económico y financiero. Pues no es el sistema el que falla, sino quienes lo ejecutamos. Y es por ello por lo que me he aplicado en extender sus bondades al mundo de la científica investigación.

Cualquier ciudadano mínimamente avisado sabe que una de las bases del librecambismo que sustenta nuestra civilización es la competencia entre individuos, empresas, países, continentes e imperios comerciales. Una competencia cruel, basada en la lealtad interpares y el británico juego limpio, siempre presente en el caballeroso mundo empresarial. Una sana competencia no sujeta a control alguno, más que el de los propios contendientes y el autorregulado mercado. Según las adámicas, y smithsonianas, leyes de la economía, la regulación del sistema y su progreso surgen entonces de forma espontánea, al ser el aparente caos encauzado por la libre competencia hacia la mejora del beneficio, acompañada, subsecuentemente, por el avance social y el mejoramiento de los reinos y repúblicas. Esta idea ha sido la base del reciente triunfo neoliberal, hoy en día puesto en duda por pequeños errores magnificados por circunstancias de todo punto impredecibles para los expertos de la alta y precisa ciencia económica. Pero no nos podemos engañar, el mercado ajeno a las regulaciones y a los estúpidos lamentos de ecologistas y otros agoreros –y Al Goreros-, ha vivido en estos últimos años su mayor etapa expansiva de la historia reciente, con un rotundo éxito económico que no podrán empañar los inútiles y vagos que siempre cuestionan el éxito de los más capaces.

Y ha sido este éxito sin paliativos el que me ha movido a iniciar el ambicioso proyecto en el que ahora me encuentro envuelto. Un proyecto que, en honor a la verdad, tuvo su germen hace veinte años, mientras asistía al Seminario Internacional de Mecánica Cuántica del Motor Diésel, organizado por la Universidad Parapsíquica de Gertrudistown, donde coincidí con el eximio pensador don Giuseppe Trolleo, filósofo humanista y broker de la bolsa de Milán. Nuestras interesantísimas conversaciones paleogastronómicas sobre los embutidos de Lucania en tiempos de la dinastía Flavia nos dieron ocasión para intercambiar múltiples opiniones, entre las que se incluyeron las de índole económica y ciertos apuntes sobre química industrial, de cuya conjunción surgió en mi mente, y así se lo transmití con satisfacción a mi interlocutor en aquel tiempo, la idea que dio pie a mi macroproyecto de laboratorio neoliberal. Una idea largo tiempo madurada y postergada por la urgencia de otros proyectos de vibrante

urgencia, varios de ellos comentados someramente en las páginas de esta publicación.

Pero hace apenas un año retomé mi idea, debidamente procesada, y en los últimos meses me he lanzado de lleno a llevarla a la práctica y revolucionar con ella el mundo de la química, y quizá también la nanotecnia y el macramé.

Sin más dilaciones, expongo los mimbres de mi teoría de la Síntesis Pseudocaótica o Neoliberalismo Químico, nombres con los que he decidido referirme a tan magno proyecto.

La idea es tan simple como gloriosa, característica propia del general de las genialidades, como bien sabemos los próceres de la humanidad. Si la economía, la compleja red de relaciones entre millones de comerciantes, clientes, operarios, consumidores, gobernantes, trabajadores, se autogobierna ella sola dejando al mercado actuar con completa libertad, ¿qué no podrá obtenerse de la conjunción atómico-molecular de millones, billones o aun trillones de partículas sometidas a forzada coyunda? Ya en el pasado, con el breve impulso del Creador y sin participación de inteligencia humana o alienígena, dicen los naturalistas que pudo formarse la vida en nuestro planeta y en otras partes del ancho Universo por un procedimiento semejante al planteado, de índole pseudoaleatoria. Por tanto, resulta silogísticamente razonable pensar que, de igual modo, cuando el químico añada en compleja mezcla los componentes que desea hacer reaccionar laboriosamente hasta alcanzar el compuesto deseado, las incontestables leyes de la termodinámica, la cinética y el mercado obligarán a los átomos y partículas a competir por los enlaces hasta lograr el éxito y la autorregulación, triunfo químico del neoliberalismo.

He de confesar que hasta el día de hoy no puedo afirmar con rotundidad que en mis pruebas me haya acompañado el éxito. Pero sé que tal circunstancia no se debe a fallos en mi perfecta teoría sino a errores menores como proporciones inadecuadas de los ingredientes, defectos del material o mala manipulación por mi parte o la de mis torpes ayudantes –sí Narciso, admítelo, eres un manazas-. Pero estoy convencido de que, si logro solventar esos pequeños inconvenientes y consigo que la mezcla evolucione por su cuenta sin intervención alguna más allá de las leyes de la física, la química y el mercado, las moléculas

se ordenarán en pos del éxito y una gloriosa revolución alumbrará el ya obsoleto mundo de la síntesis química.

Para cualquier duda, colaboración, pregunta o simple alabanza al autor, diríjanse a mi persona a través de esta revista.

De nada amigos, no hace falta que me den las gracias. No trabajo por mi gloria personal, ya alcanzada merecidamente en el pasado, sino por mera filantropía.

Su neoliberal servidor y químico aplicado:

Gazpachito Grogrenko

(desinteresado filántropo deiforme)

PERDIDO EN MÍ

Seré yo, que no me entero de las cosas.
Seré yo, que siento cómo el mundo duele, a veces.
Los hechos no han de ser tan complicados.
El mundo siempre avanza cuando tú te detienes.
Seré yo quien siempre busca el pie de más al gato.
He de ser yo quien mezcla realidad y sentimiento.
Toda la confusión se encuentra en mi persona
y yo, pobre patán, soy poco para tanta historia.
Seré yo el que da mil vueltas en su mente
a aquello que no tiene vuelta de hoja.
Los otros viven cómodos su vida, o lo parece,
mientras yo me desvivo por vivirla de otro modo.
Seré yo el triste reflejo de mil contradicciones,
la torpe consecuencia de mis torpes actos.
Soy yo quien se atormenta y sufre por nada,
quien no puede escapar, perdido en mí.

Antón Martín Pirulero

EL FIN DEL IMPERIO

Tendemos a pensar que el fanatismo es cosa lejana. Imaginamos al fanático con turbante, chilaba o, todo lo más, a la sombra de una "txapela" y un simbólico árbol. Y, sin embargo, si lo

analizásemos bien, nos sorprendería comprobar cuántos fanáticos nos rodean, ocultos bajo un fino barniz de aparente modernidad y cosmopolitismo. Si escarbamos un poco, tal vez nosotros mismos somos portadores de ideas obsesivas y excluyentes propias del fanatismo que denostamos.

Hay quien piensa que el fanatismo suele nacer en los corazones insatisfechos y con baja autoestima. Ya que uno no se quiere demasiado a sí mismo, parece cosa agradable el lanzarse en pos de una idea ajena con la que identificarse y dar sentido a nuestra anodina existencia. Quizá algo de ello hay en las ideas de ciertos grupos.

El fanatismo no es un atavismo o un resto de primitivismo. Es un compañero habitual de nuestro mundo y nuestra vida moderna. Si no, ¿cómo interpretar las desmedidas, y extrañas, reacciones de nuestra curia católica y cierta parte de su "postmoderna" feligresía?

Creo yo que, al menos en la misma medida que ofendidos por la "pecaminosa" laicidad contemporánea, se sienten perdidos, confusos y espantados por el modo en que las cosas cambian y su mundo perfecto parece venirse abajo.

La sensación debe de ser semejante a la que sienten, han sentido o sentirán aquellos poderosos que viven en primera persona la pérdida de sus posesiones cuando menos se lo esperan y por razones que no alcanzan a explicar. Es seguro que muchos romanos, pese a la decadencia de su tiempo, se sorprendieron al ver la caída de su imperio que consideraban inmortal, tanto en occidente como en oriente. Igual que los españoles que nos precedieron hace apenas cuatro siglos todavía presumían del poder del país cuando los soldados iban descalzos y otras potencias se enseñoreaban por sus dominios. Igual que muchos ingleses aún se comportan como si fueran la mayor potencia mundial o como sus primos yanquis presumen de ciudadanía americana en cualquier rincón del planeta previamente expoliado y donde los odian a muerte.

La sensación de sorpresa de los eclesiásticos y sus incondicionales seguidores no será menor. Ellos que poseen la verdad, absoluta como todas las verdades de los fanáticos, sinónimo, por supuesto, de razón y fuerza, no pueden comprender que el mundo

cambie ante sus ojos, que todos se vuelvan ateos –para ellos no hay medias tintas, o viven la religión cristiana a su modo o son completos descreídos- y demonios. Su mundo se hunde mientras buena parte de la población huye de ellos como las ratas del barco. Sin que haya una razón aparente, comprensible o visible para sus cerradas molleras, los ciudadanos se separan de ellos y de sus opiniones, como si la Iglesia ya no fuera una institución buena y respetable, sino una influencia perniciosa, como si iglesia, religión y fe ya no fueran términos sinónimos y resultara perfectamente normal ignorar sus dictámenes. Gente de orden, gente que parece buena o que, realmente, desea ser buena: buenas personas, buenos ciudadanos, buenos padres o madres de familia, hermanos, amigos, los rechazan. Como si la Iglesia ya no fuera guardiana del orden sino una entidad asimilable a otras más mundanas, como los partidos políticos, las asociaciones culturales o los clubes deportivos.

Ni se plantean que les falte la razón. Ellos son intérpretes y herederos de la fe verdadera. Es decir, de las enseñanzas de la Iglesia. Infalible por principio. No les cabe en la cabeza que, en ocasiones, la Iglesia manifieste opiniones dudosas, que la liturgia nada tenga que ver con la fe de los antiguos padres o que algunos principios que les parecen sacrosantos, como la obligación del celibato, no fueran instaurados por Jesús sino por un papa preocupado por la marcha de su rebaño más de mil años posterior a la muerte del Maestro.

Incluso hay descreídos que apoyan a los más fanáticos. Filocristianos, pero no cristianos verdaderos, que se han alejado de la fe pero todavía consideran de buen gusto, o como acto tranquilizador de sus grises conciencias, el manifestar su apoyo a los cristianos más acérrimos.

A los verdaderos creyentes no les duelen prendas el ir contra todo y contra todos. Les basta con sentirse en comunión con los suyos, enemigos del mundo que se pudre. Si el cura, transmitiendo lo que opina el obispo, les dice que hay que manifestarse contra una decisión del gobierno, o contra el propio gobierno, allá que se van en peregrinación donde haga falta para defender sus principios de pureza, siempre proselitistas. No entienden que uno puede estar en

contra de lo que le parezca, aun de todo, y a favor de que a los demás se les deje hacer su voluntad y tomar sus propias decisiones en tanto que son humanos con idéntica libertad, a priori, que la de ellos para manifestar su fe. No, según ellos, hay que maniatar las voluntades ajenas, salvarlos aunque no quieran, como en esa canción de Víctor Manuel clamando contra los que no le dejan condenarse.

Nuestros santos y píos cristianos verdaderos no entienden aquello del laicismo, ni el relativismo, ni el derecho a pecar y condenarse. No entienden que su influencia se pierda, que sus principios sean respetados sin ser compartidos. No entienden, en suma, que el mundo se haya paganizado. No entienden ni quieren entender. No comprenden que hay muchas formas de fe, que uno puede vivir la suya como desee siempre que no moleste a nadie ni se imponga a nadie.

Prefieren pensarse protomártires, creer que el mundo se ha vuelto malvado sin razón, negar la verdad que otros ven, que su ritual es arcaico, que sus maneras son dictatoriales, que su Iglesia se ha quedado anclada en el pasado, congelada e inmóvil, que la fe no consiste en imponerse a los demás y convertir la discrepancia o heterodoxia en herejía contra la que hay que luchar hasta extinguirla. Entienden que el desapego de los demás es odio y maldad. Que la salvación de los justos –la suya propia- les aguarda a la vuelta de la esquina. ¿Y qué si sólo unos cientos de entre todos merecen la salvación? Algo así sugería el Apocalipsis en el que creen. No importa, porque el verdadero creyente, el que observa asombrado el devenir del mundo, sabe que será uno de los elegidos. No puede ni debe ser de otro modo.

Juan Luis Monedero Rodrigo

UN SISTEMA PERFECTO

Me siento a descansar porque me he quedado sin empleo. Uno piensa, "bueno, encontraré algo". Así todo el año. De verdad ¿esto debe ser así cada mes, cada dos meses? Fin de contrato. Empiezo en otro lugar, a los dos meses "fin de contrato". Nuevo contrato, un mes después "fin de contrato". No te quejes, no vaya a ser que no

empieces en ningún sitio. ¿Y qué más quieres? Algo es algo. ¿Qué haría yo si no me pusiera a trabajar por obra de mes, dos meses? Morirme. Además una guerra con el banco al que debo mi hipoteca. "Se ha muerto mi padre" –me dice un amigo. Yo me he quedado sin empleo. No sé qué es peor. ¡Vaya, he ofendido el delicado corazón de este medio huérfano! Además de mi empleo he perdido un amigo. Meto la pata, lo sé. Me vuelvo burlona ante la muerte de un ser querido para un amigo, también entonces, querido para mí. ¡Oh, no! No estoy tratando de quitarle importancia a la muerte de tu padre. Es sólo que me es prioritaria mi propia vida. Vivir con los vivos. Morir con los muertos. ¿Qué decido? Irme a la ruina completa, desanimarme por esta falta de trabajo. Eso es morir con los muertos. Tal vez, sentir esperanza por el trabajo que encontraré en breve para levantar mi pobre economía. ¡Oh! No tienes titulación administrativa, no tienes sitio en el paro. Puede ser por empresa de trabajo temporal. Es un trabajo basura. Un insulto al trabajador. Un mes y te vas. Yo me mantengo así día tras día, en un trabajo por horas. Y estoy hasta los óvulos de que me hables mal de la persona que me hace firmar un contrato temporal. Es para quejarse pero también es para seguir apeteciéndolo. Voy al paro y por no tener un título administrativo aunque sí experiencia, me dice la funcionaria que no se me puede ofrecer ninguna oferta. ¿Eso es el INEM? ¿No debería ofrecer empleo al que busque trabajo? ¡Quiero ponerme a trabajar! Sé hacer esto y esto. Toma esta oferta y preséntate en esta dirección. Pues no. ¿Qué titulación tienes? Ninguna, sólo experiencia de varios años. Adiós. ¡Que florezcan las empresas de trabajo temporal! ¡¿Si no qué vamos a hacer los universitarios que no conseguimos empleo de nuestra carrera?! ¡¿Qué vamos a hacer los bachilleres superiores?! ¡¿Qué vamos a hacer los E.S.O.?! A ver si el que va a morir eres tú, porque las cosas pueden cambiar. El Gobierno puede decidir poner a todos los españoles que estén en sus cabales a trabajar, con títulos o sin títulos. Yo no decido por nadie, pero me parece más justo si se valoran cosas como la experiencia, la necesidad de cambio laboral, poder ser aprendiz a los 50 años en algo que nunca habías trabajado, tener título de una cosa y ser posible trabajar en algo que no hayas estudiado pero te dan un aprendizaje y lo realizas. En fin, deseo que a

pesar de la crisis, pueda seguir trabajando todo el año por contrato de temporal o indefinido.

Con mucho amor,

Maricarmen

¿INMORTAL?

El peso de la prueba.

Es la prueba, su ausencia en realidad, lo que me detiene. La falta de pruebas me ha paralizado durante años. Pese a mi convicción al respecto, mi seguridad, rayana a la certeza, nunca me he atrevido a publicar el resultado de mis pesquisas. No son hechos, sino impresiones, meras deducciones sin fundamento tangible, los que puedo aportar en apoyo de mis argumentos. Pero ahora, próximo ya mi fin, debo confesar lo que pienso al respecto.

Tal vez alguno de ustedes me conozca. No soy científico, no se preocupen por el lenguaje hasta ahora empleado. Si lo fuera, es cierto, no daría más importancia a las pruebas que el que ahora les otorgo. Mi profesión es, ha sido durante años, la de periodista. No un correveidile ni un cotilla. Periodista. De la vieja escuela, de los de investigación y contraste de las fuentes. Algo acorde, obviamente, con mi edad. A los más mayores de entre los lectores tal vez aún les sonaría mi nombre si lo incluyera en mi narración. Pero diré, simplemente, que me llamo Pepe Pérez. No es mi nombre verdadero, pero a bastante me expongo ya haciendo estas confesiones como para afrontar el ridículo con mi nombre verdadero. Tengo una reputación que proteger, una carrera, aunque sea pasada, que mantener limpia y sin mancillar. Maestro de periodistas, me llamaban algunos aduladores y no pocos rivales y enemigos, lo cual es verdadero motivo de orgullo. Y, sin embargo, siempre he tenido clavada esta espina, o quizá sea estaca, por su tamaño, en el corazón. Mi investigación más importante, la que realicé con mayor empeño, quedó sin completar, sin el apoyo de la esquiva prueba a la que aludo desde el inicio de mi relato.

Tampoco puedo decirles el nombre del sujeto de mi investigación. No lo conozco. O le conozco tantos, todos falsos, sin

duda, que daría igual cuál utilizara para referirme a él. He llegado a odiarlo, de veras. Quizá por ello, permítanme la humorada, me referiré a él como Mi Amigo, así con mayúsculas.

Mentiría si dijera que hacía años que no pensaba en él. No es así. Había dejado de buscarlo, eso es cierto. Me rendí e intenté apartarlo de mi mente y mi memoria. Pero ambas fueron tareas inútiles. En los últimos tiempos, en esta era digital que nos ha tocado vivir y que a mí me ha encontrado ya viejo y oxidado como para desenvolverme bien en ella, he tratado de buscar nuevos datos en Internet, con desigual fortuna. Entre los casi infinitos datos he creído encontrar nuevas pruebas, pero al cabo son las mismas: circunstancias, detalles, impresiones, algunos datos concretos difícilmente contrastables, pero no la prueba definitiva. Ni lo había vuelto a ver en persona hasta hace apenas un mes. Tal vez sea mi chochez la que me confunde. Me he intentado convencer de mi error. Pero no puedo. Piensen, si así lo desean, que estoy obsesionado. Pero tengo la seguridad de que era él, tal y como yo lo recordaba. Si acaso con leves cambios, más en su indumentaria o su peinado que en lo esencial. Era él, sin duda. Y se me volvió a escapar o, más bien, nunca lo tuve en mis manos. Sí en mi mente. Siempre. El que pudo ser mi mejor reportaje es mi mayor fracaso. Perdí el tiempo durante años y nunca abandoné. Pero ahora sólo me queda el relato de lo que creo que es. Realidad, ficción u obsesión poco importa ya para mí. Creo que nadie podría convencerme de mi error. Así que, antes de que yo desaparezca y no quede memoria de mi hallazgo, sólo me queda hacer el relato de lo sucedido y que cada cual extraiga sus propias consecuencias.

Todo sucedió, o empezó a suceder para mí, hace muchos años. Yo era joven. Pagado de mí mismo, con ganas de comerme el mundo. Activo, impetuoso. Bastante idiota, ahora lo reconozco. Mi carrera comenzaba a despegar. El éxito se intuía a la vuelta de la esquina. Y yo me sentía capaz de enfrentar los mayores desafíos cuando, inesperadamente, de lo más trivial y anodino surgió la semilla de mi obsesión.

Poco podía imaginar, tres años antes del instante reseñado, que mi visita al señor Ingebutz, el banquero, iba a influir tanto en mi

futura existencia. Sólo después, cuando vi por primera vez a Mi Amigo, aquella visita intrascendente regresó a mi memoria y el recuerdo unido al presente cambiaron mi vida para siempre.

Uno puede tener muchos sueños, sobre todo durante joven, sobre aquello que desea para su vida. Unos son más reales, otros no tanto. Profesionales, emocionales, sociales. Da igual el sueño si se vive con intensidad. Uno aspira a ser feliz, tal vez a tener una vida larga y dichosa. Pero sólo en un plano ideal aspira a la inmortalidad. Si es religioso, tal vez forme parte de sus creencias. Si no lo es, no por ello dejará de desearla. Pero nunca piensa que pueda tropezarse con la inmortalidad en el mundo real, a la vuelta de la esquina. Yo, sin embargo, me la encontré. Aunque no quise creerlo. Y, cuando lo acepté, deseé no haberlo conocido. Pero eso sería mucho tiempo después de aquel día en casa del banquero. Incluso después de mi primer encuentro, al que yo, por entonces, no di la importancia que luego alcanzó en mi vida y mi mente.

El cuadro, entre tantos otros, representaba a un caballero con indumentaria de mediados del siglo diecinueve: levita y pantalón negros, un sombrero alto, bastón en mano, camisa con chorreras apenas intuidas, corbata y, ante todo, unas barbas abundantes que, más tarde, por un momento, me hicieron dudar. Su rostro, serio y orgulloso, era inconfundible.

Créanme si les digo que nunca se me olvida una cara. Soy muy buen fisonomista. Esto es algo que me ha ayudado mucho en mi trabajo como periodista. Antes de que existieran los fotógrafos cazafamosos, yo, entre otros, era capaz de ver a un personaje importante en mitad de un gentío. Podía seguir a cualquiera e identificarlo en la distancia. Siempre me ha bastado un instante para reconocer a una persona, al primer vistazo. Por eso cuando, tres años después de aquella visita a Ingebutz, me encontré con el personaje del cuadro en carne y hueso tuve, tras un breve instante de duda, o más que duda el pensamiento de la imposibilidad de lo que veía, la completa seguridad de que a aquel tipo lo había visto tiempo atrás y no tardé ni un segundo en identificar la fecha, el lugar y el aspecto: era idéntico al personaje del cuadro que vivió y fue retratado más de un siglo atrás. La impresión de *deja vu* fue desagradable. Yo no creo

en reencarnaciones y, salvo en el caso de gemelos, tampoco en la exacta repetición de los caracteres familiares en distintos individuos. Estaba el pequeño detalle de la barba. Pero no era suficiente para marcar una diferencia real. Se me ocurrió la idea de la clonación. Algo así se rumoreó durante un tiempo del propio Hitler, aunque, según me informé, por aquel entonces la tecnología no estaba lo bastante desarrollada. ¿Me estaría equivocando, pese a la inmensa semejanza?

Entonces aún no encontré la respuesta que luego tomé por correcta. Aún estaba tratando de reaccionar cuando Portier, el agregado comercial de la embajada donde se celebraba la recepción, se me acercó acompañado del objeto de mis dudas.

-Monsieur –me increpó, sacándome de mi ensimismamiento. Sólo entonces dejé de mirar al otro hombre con la fijeza que le estaba dedicando.

-¿Sí?

-Éste es el señor Rinaldi, un viejo amigo al que pensé que le gustaría conocer.

Yo debí de poner una cara rara, porque Portier se apresuró a aclarármelo.

-El señor Rinaldi comparte su afición por la cerámica antigua, señor Pérez –puntualizó, justificando así la presentación.

-¡Ah, claro! –acepté- Disculpe, pero juraría haberlo visto a usted en otra ocasión. Aunque sé que tal suceso es imposible.

-¿Quién sabe? –apuntó el señor Rinaldi, extendiéndome la mano y dedicándome una mirada extraña, tan sonriente como muchas bocas al mostrar todos los dientes.

-En casa del señor Ingebutz. En un cuadro.

-¡Vaya, mi viejo abuelo me persigue!

-¡Ah, su abuelo!

-Sí, todo el mundo dice que soy igual que él.

Fingí aceptar su respuesta. Parecía lógico, por más que yo no creyera en tan milagrosos parecidos familiares. Lo peor era que yo recordaba el nombre del personaje del cuadro. Problemas o ventajas de la memoria fotográfica. Se llamaba Otto Wenger, y aquel nombre no me cuadraba con el de Mi Amigo. Bien es cierto que aquello nada tenía de particular. Bien podía suceder que el tal abuelo alemán,

austriaco o suizo hubiera emigrado a Italia y hubiera emparentado con una familia de aquel país. Yo no sabía el árbol genealógico de Rinaldi. Pero, a qué negarlo, la explicación no me convenció. Yo estaba, por así decirlo, con la mosca tras la oreja. Sin razones, lo admito. Tan sólo una intuición. Y el caso es que yo siempre he confiado en mi intuición. Así que no es raro que luego decidiera investigar.

Educadamente, conversé durante unos minutos con el señor Rinaldi. Sus conocimientos sobre porcelanas antiguas eran asombrosos. A su lado yo era un mero aficionado. Pero el caballero italiano tenía saber estar y don de gentes. En ningún momento su conversación me hizo sentir incómodo. No puedo decir lo mismo de su presencia. Ni de sus ojos risueños.

Nos despedimos. Yo, decidido a investigar a aquel individuo y volver a observar el cuadro. Él, igual que yo, tranquilo y convencido de que aquel encuentro casual iba a ser el único en nuestras vidas.

Pero ambos nos equivocábamos.

Yo, por mi parte, me afané en recuperar la memoria del cuadro. Lo hallé y lo pude analizar en detalle. Guardo, incluso, varias fotografías suyas, tomadas en distintas épocas, en blanco y negro o en color, y con diferente resolución. Pero no pude rastrear su origen ni encontrar información precisa sobre el autor o el modelo. Era antiguo, de eso no me cupo ninguna duda, con más de un siglo y medio de historia a sus espaldas. Lo cual, por cierto, no casaba muy bien con la historia del abuelo. Salvo que Rinaldi fuera mucho mayor de lo que aparentaba. Creo que por entonces aún no sospechaba lo cerca que ese pensamiento me acercaba a la realidad.

Al cabo, hice por olvidar el caso. Mis pesquisas no me habían llevado muy lejos. Había identificado la obra pero poco o nada había avanzado a la hora de identificar al modelo y su supuesto descendiente. Llámenlo instinto, de ése que alardeábamos los periodistas de mi tiempo y cuya sola mención repugna a muchos chupatintas contemporáneos, demasiado juiciosos y ortodoxos como para imaginar que pueda existir tal forma de conocimiento, pero yo tenía un extraño pálpito al respecto. Tras aquella historia, aparentemente anodina, se escondía un misterio digno de ser resuelto.

No obstante mi convicción al respecto, mi vida prosiguió al margen de Rinaldi y el cuadro. Había muchas noticias por cubrir y una larga carrera que yo debía construirme usando dichas noticias.

Durante varios años Rinaldi no existió. Fui corresponsal en París. Redactor jefe en Barcelona. Me casé. Volví a una corresponsalía. Me separé. Inicié una serie de entrevistas a personajes importantes con las que me consagré y, gracias a ello, pude volver al periodismo de investigación. Me pagaban un buen dinero por cada reportaje. Y entonces Mi Amigo, que ya no se llamaba Rinaldi, reapareció. Hizo como si no me conociera. Pese a mi insistencia, negó que hubiéramos sido presentados, que tuviera nada que ver con "ese italiano", tal y como, despectivamente, se refirió a su "yo" anterior. Pero a mí no me engañó. Jamás olvido una cara, un gesto, una pose. Da igual el disimulo, la actuación, los afeites o ropajes. Sé reconocer a un individuo por más que quiera ocultárseme. Y Mi Amigo, para mi desgracia, no iba a ser la excepción.

Fue en un viaje a Chicago. Ahora, quien fuera Rinaldi, vivía en Pittsburg bajo el nombre de Stockton, Jeremiah Stockton, pariente, al parecer, de otro Stockton, famoso empresario del acero de la zona. El señor Stockton era, poco más o menos, lo que allí llaman un *playboy*, un vividor, ricacho sin oficio ni beneficio, heredero de una fortuna que dilapidar.

Si bien no pude confirmar el parentesco con la saga de metalúrgicos, ni hallé información sobre el oscuro pasado de este personaje, allá todos lo aceptaban sin preguntar. Pagaba sus cuentas y con eso les bastaba a todos los que lo conocían. Personaje culto y buen conversador, era invitado apetecido en cualquier reunión de gente importante. Obviamente, el señor Stockton se movía de fiesta en fiesta sin mayor recato ni pudor. No podía sospechar que alguien de su pasado europeo fuera a toparse con él en uno de aquellos selectos saraos. Y, sin embargo, allí estaba yo. Invitado por el magnate de la prensa Pavlevic a la fiesta anual que daba en su mansión frente al lago Erie. Yo me sentía incómodo en aquel ambiente. Todo el mundo iba exquisitamente vestido y actuaba de modo pomposo y artificial. Varios personajes de relumbrón se dedicaron a lisonjear rastreramente a Pavlevic, la mano que les daba de comer y la voz que

podía colocarlos en entredicho. Entre ellos estaba Stockton, el comodín de las fiestas, la persona que nunca desentonaba. Hasta que yo me tropecé con él. Mi reacción fue primero de sorpresa, luego de incredulidad, en tercer lugar de incomodidad y, finalmente, de gran emoción. El reportero atrevido tomó el lugar del comedido invitado y decidió que aquélla era una oportunidad que no podía dejar pasar. Abordé a Stockton, respiré la incomodidad que mi presencia le provocaba. Sin duda me recordaba. Aguardé mi ocasión para poderle hablar. Hábil, Stockton procuró que nos alejásemos del resto de invitados y entonces me dejó preguntar.

-Es usted idéntico a un tal Rinaldi al que conocí hace más de quince años.

-¿Rinaldi? Me temo que se confunde. No conozco a nadie con tan pintoresco nombre, o apellido.

Era un buen actor. Confiaba en sembrar la duda en mi memoria, que él supondría frágil como la de casi todos. Fingió un acento cerrado, pronunció el apellido como lo habría hecho un palurdo yanqui que jamás hubiera salido de su pueblo, mucho menos visitado Europa. Pero no me engañó.

-Si no fuera porque han pasado tantos años, juzgaría que es usted mismo. Ya le gustaría a Rinaldi conservar un aspecto tan lozano y juvenil como el suyo, pero me temo que aquel pobre hombre ya rondará los cincuenta, poco más o menos como yo.

Stockton no se alteró. Yo sabía que era Mi Amigo. Él tenía bien claro que yo lo sabía. Pero no se inmutó. Ni un parpadeó, ni una duda en su gesto, ni un ademán a destiempo. Nada. Su autocontrol era tal que nada en su expresión daba a entender que mis palabras le afectasen en lo más mínimo. Sin duda se sabía más allá de mi posible influencia. Debía de ser muy rico y muy poderoso. Tal confianza es propia de gente de muchos recursos, económicos y sociales. Yo no me di por vencido. Bien que su aspecto era distinto: variaban la indumentaria y el peinado, esta vez con corte a cepillo, la manera de moverse y hasta su sonrisa. Pero a mí no me engañaba. Era Rinaldi, era Wenger. Era, en resumidas cuentas, Mi Amigo.

Racionalmente, yo sabía que era imposible. Pero, pese a todo, me encontraba frente a él. Sin duda. ¿Era un clon? ¿O se trataba de

una portentosa casualidad? Mi instinto me decía que aquello no tenía nada de casual ni de forzado. Los tres individuos eran la misma persona. Los tres contaban, en el momento de ser observados, con la misma edad aparente. Los tres eran, así lo deduje y desde entonces no he variado un ápice en mi convicción, idéntica persona detenida en la misma edad, como aquel Dorian Grey de novela o, mejor, como una persona que no envejecía o lo hacía tan lentamente que, para mi tiempo, para el tiempo humano, bien podía pasar por inmortal, o casi. Para un humano, la eternidad es un término demasiado etéreo y tendemos a usarlo con demasiada alegría. Tal vez Mi Amigo no era, en rigor, inmortal pero, cuando menos, había mantenido el mismo aspecto durante los últimos ciento cincuenta años, y, seguramente, aunque yo no tuviera constancia de ello, durante mucho más tiempo. Aquélla era una presa demasiado valiosa para que un periodista como yo la dejara escapar. Si no podía hincarle el diente, la perseguiría hasta rendirla. Por el momento, no cejé en mi empeño de pillarlo en renuncio. Le hablé de Wenger, al que tampoco conocía. Comenté lugares y anécdotas comunes, de nuestros anteriores encuentros. Pero él sonrió sin más. Pronto acudieron a nuestro lado otras personas y el diálogo, mi ataque, se vio interrumpido.

No lo consideré un fracaso. El cazador ha de conocer a su presa. Nada mejor que permanecer al acecho, observándolo y valorando sus gestos y sus palabras ante los demás, aquéllos que no lo acosaban. Pensé que, tal vez, me había precipitado. Quizá debería haberme aproximado con mayor prudencia. Pero el mal ya estaba hecho y, en todo caso, él me identificó desde el principio, aunque yo sí hubiera envejecido los quince años que nos separaban desde nuestro último encuentro.

Desde aquella noche lo seguí discretamente.

Aun a costa de mi tiempo, de mi profesión y de buena parte de mi patrimonio. Aun a costa de algunas de mis relaciones más valiosas. Necesitaba resolver el misterio, desenmascarar al mentiroso. Era una cuestión de orgullo y amor propio. Olvidaba, sin embargo, en mi tozudez, que para él la cuestión tal vez era de mera supervivencia, de instinto de conservación, si no de la vida física sí al

menos de la vida que se había creado. Y, para mi desgracia, en aquel choque de voluntades fui yo quien salió malparado.

Comprendo que para un ser inmortal ha de ser importante guardar celosamente el secreto de su don. ¿Qué harían los demás si lo conocieran? ¿Cómo llevar una vida privada y tranquila si todos lo señalan con el dedo? Y, peor aún, ¿cómo evitar odios y envidias que puedan causar daños irreparables? Tal vez Mi Amigo se había enfrentado a problemas semejantes en el pasado. Quizá hubo de huir en más de una ocasión, o se vio abordado por desconocidos beligerantes o curiosos. Yo, si hubiera estado en su lugar, creo que habría actuado de igual modo. Pero, desde el otro lado, desde el de mi curiosidad, no podía soportar su fingimiento. Necesitaba saber. Necesito demostrar. No me bastan mis convicciones.

No soy tan fanático como para no albergar dudas. ¿Y si todo es una broma? ¿Y si todo es meramente casual? Cuando recuerdo las imágenes, fiado a mi buena memoria, tengo la certeza de observar al mismo personaje. Pero podría ocurrir que ese leve cambio en el peinado, esa barbilla que no estoy seguro de que no sea algo más prominente, el tono de la piel, levemente distinto, o el brillo de sus ojos al reír. ¿Y si no es el mismo personaje?

Estamos acostumbrados a los cambios lentos y graduales y, en ocasiones, somos incapaces de apreciar la estasis. O, al revés, nos negamos a admitir el cambio, apenas perceptible.

Yo estaba convencido de que Stockton era Mi Amigo. Tal vez sus gestos eran inocentes, pero creo firmemente que no, que sus ojos se burlaban de mí, que su pose era fingida y que, en todo momento, me reconoció. Igual que yo a él. Aunque mi presencia no pareció afectarle, ni mis palabras, es probable que se pasase toda la velada vigilándome, manteniéndome en el borde de su campo de visión, escuchando mis conversaciones con otros invitados, siguiendo mis movimientos con el rabillo del ojo.

Igual que yo a él. Sólo que, me temo, mis evoluciones a él no se le escaparon mientras que el supuesto Stockton no se delató en ningún momento. Ni una palabra, ni un tic, ni un movimiento que lo desenmascarase. Tal era mi fijación que me maravillé descubriendo

gestos y ademanes distintos en su forma de moverse e inflexiones desconocidas en su inconfundible voz.

La velada terminó, pero yo no me marché con mi amigo editor, Pavlevich. Lo hice solo y tras Stockton. Como en tantas películas que uno no termina de creerse, tomé un taxi y exigí al conductor que siguiera al vehículo de Mi Amigo. No fue tarea sencilla. Stockton se detuvo un par de veces. La primera a echar combustible en el depósito. Por un momento, pensé que se daba cuenta de mi seguimiento. La segunda en un bar de copas, donde dejé el taxi y lo seguí al interior. Por suerte, pude mezclarme con la gente sin ser visto. La oscuridad, el número y mi discreción me lo permitieron. Luego, cuando Stockton, terminó su solitaria copa, sin haber hablado con nadie, salió del local y yo tras él, sorprendido de lo que interpreté como triste costumbre. Ya no volvió a su vehículo, sino que se encaminó a un portal cercano. Se trataba de un edificio elegante, antiguo pero bien conservado. Supuse que allí tenía su residencia, quizá un apartamento alquilado, si no de su propiedad. No pude seguirlo adentro, así que me conforme con fijarme en la dirección con la promesa de volver allí y recabar nuevos datos para mi investigación.

A fe mía que lo intenté. Lo perseguí durante varios días. Incluso retrasé mi vuelta a España. Pero no conseguí ninguno de mis objetivos. Confieso, y sé que el hecho en sí constituye un delito, que no estoy muy seguro de que haya prescrito, que me colé en su residencia. Tras varios días de guardia ante su puerta, de seguirlo en su vida cotidiana. Tras informarme de su dirección exacta, de sus ocupaciones y aficiones, decidí invadir sus habitaciones. El apartamento era de su propiedad. Sus ocupaciones eran banales. Stockton no trabajaba. No lo necesitaba. Era muy rico. Sin duda una vida extraordinariamente larga permite acumular muchos bienes. Y no debe ser tarea compleja el crearse nuevas identidades y transferir bienes de unas a otras ni dinero entre cuentas, a cual más opaca. Sólo una vez me hice el encontradizo. No se mostró sorprendido, ni se tragó el anzuelo de la casualidad. Pero tampoco se entretuvo conmigo ni quiso hablar más de lo educadamente imprescindible. Así que decidí entrar en su apartamento. Cuando había salido y, según su costumbre, pasaría varias horas fuera. Cuando, según yo suponía, nadie había en

el piso ni nadie iba a pasarse, para limpiar u ordenar. Di esquinazo al portero y, con las malas artes que había aprendido en otras épocas menos brillantes de mi oficio, abrí su puerta y me colé en su intimidad.

El apartamento era grande y luminoso. Muy moderno, sin objetos que me pudieran hacer pensar en el remoto pasado en el que yo ubicaba a Mi Amigo. Estuve más de veinte minutos fisgando, pero la casa estaba limpia y ordenada. Demasiado limpia. En exceso ordenada. No parecía normal. Y yo, que no deseaba dejar huellas de mi paso, tuve que esforzarme para evitarlo, recurriendo a oficio y minuciosidad. Finalmente, cuando ya me disponía a marcharme, encontré una pequeña caja de plástico bajo una de las camas. El detalle parecía demasiado descuidado y fuera de lugar entre el orden imperante. Dentro había papeles y documentos que se vislumbraban a través de la superficie traslúcida. Era una de esas cajas planas con ruedas, de las que se usan para ganar espacio y guardar cachivaches, en particular ropa. Mi Amigo la tenía llena de camisas y ropa interior pero, por debajo de las prendas, se veían los papeles. Curiosamente, la caja estaba cerrada con un pequeño cerrojo de combinación. Nada que se me pudiera resistir y sí el detalle que me hizo sospechar de la importancia del contenido, celosamente guardado, aunque la caja pareciera estar puesta bajo el lecho como al desgaire.

Abrí la caja, aparté la ropa con cuidado y sí, allí debajo de todo, me encontré con unos documentos interesantes: varias cartas, unas fotos, títulos de propiedad y lo que parecía ser un diario. Tentado estuve de llevarme este último. Y más de una vez he lamentado el no hacerlo. Aunque tal vez me equivoque y fuera solamente una libreta, quizá con apuntes de contabilidad o citas de agenda, entonces pensé que era algo importante. Si no lo tomé fue porque no tuve tiempo, no por pudor. Primero llamaron mi atención las fotos: antiguas y descoloridas. Originales. Es raro que, en nuestros tiempos, alguien lleve unas fotos viejas, frágiles y, presumiblemente, valiosas en una simple caja de plástico. Pero para alguien de otra época tal vez lo electrónico o la copia no tiene el mismo valor. En varias de ellas aparecía Mi Amigo, con diferentes aspectos y en diversa compañía. Me llamó la atención una foto en la que aparecía un

tipo pálido y con levita, al que identifiqué con Wenger, acompañado de una joven hermosísima que posaba junto a él, como su esposa o una novia ya comprometida. ¿Un viejo amor? ¿Un recuerdo triste del pasado perdido? En otras aparecían personajes que me eran desconocidos. Una más reciente y en color me mostraba al Rinaldi que yo conocí con una rubia oxigenada y neumática, vestida al estilo de los coloridos sesentas. ¿Habría allí otros inmortales aparte del que yo conocía? No tenía modo de saberlo. Necesitaba un análisis más pormenorizado de todos los datos. Pero tampoco podía, sin más, sustraer aquellos recuerdos. No soy un ladrón, sólo un periodista y un fisgón. Así que me limité a fotografiar todas aquellas imágenes y algunos documentos. Aún no era el tiempo en que lo digital estaba tan desarrollado como ahora, así que usé mi cámara réflex y una película en color. Estaba fotografiando la segunda página de lo que yo consideraba el diario cuando oí el claro chasquido de la cerradura. Sin duda, llevaba más tiempo del debido en aquel cuarto. Miré la hora. No era tan tarde. Era imposible que Stockton hubiera regresado. Con el corazón acelerado, traté de guardarlo todo rápidamente y ocultarme lo mejor posible. Oí un canturreo femenino. Se trataba de una mujer mayor, hispana sin duda, que venía a limpiar la casa. La asistenta, que quizá venía unas horas a la semana y por eso no la tenía fichada. Con sigilo, logré salir de allí sin que me viera. Casi de milagro. Llevaba las pruebas que deseaba, o eso creía. Y, por más que hubiera deseado poder desmenuzar cada página y cada frase del diario o las cartas, no me atreví a tentar la suerte con una nueva incursión. Además de que debía regresar a España. Aunque volví satisfecho, tan pagado de mí mismo como suelen estarlo los que confían demasiado en su buena suerte. Y no es que se me velasen las fotos o perdiera los negativos. Pero las imágenes, que para mí sí que eran reveladoras, no suponían prueba alguna de lo que yo quería demostrar puesto que no probaban la inmortalidad de Mi Amigo.

Aún intenté seguirle y abordarle un par de veces. Él, que me vio en una ocasión, me ignoró, aunque sí percibí la burla en sus ojos al cruzarse con los míos. Creo que nunca se enteró de mi incursión.

Con aquellos pocos datos, traté de indagar aún más. Eran los tiempos en que empezaba a usarse Internet, pero no fue fácil

encontrar ningún dato relacionado con él o cualquiera de sus personalidades anteriores.

Esta vez no pude olvidarme de Wenger/Rinaldi/Stockton y aparcarlo mientras me dedicaba a otros menesteres. Volví a España porque mis obligaciones así lo requerían. Pero dediqué más tiempo a organizar mi regreso a Estados Unidos que a trabajar. Incluso contraté a un detective privado para que siguiera a Stockton y me informase de su localización. Aquel tipo que contraté, un gordito blando y jabonoso de dudosa habilidad, nunca supo la razón de mis pesquisas, pero me rindió un buen servicio.

Cuando tres meses después de nuestro último encuentro yo me presenté en Boston, en la convención de miniaturistas –tal era su insospechada afición- a la que asistía, Stockton, que aún conservaba su nombre, fue incapaz de disimular su sorpresa y me atrevería a decir que un punto de inquietud.

-¡Cuánto tiempo, señor Stockton! –le dije a modo de presentación mientras estrechaba firmemente su mano.

-Me temo que no el suficiente –respondió bromista, sin ocultar su fastidio.

-Como ve, no me he olvidado de usted y, si de verdad le incomoda mi presencia, creo que sería lo más apropiado que me concediera una entrevista, ¿no cree?

-Me parece que no tiene demasiado objeto que nos reunamos –replicó, sin indicar si consideraba inútil la reunión o mis ansias de saber-, pero, si es su deseo, podemos encontrarnos en el café del hotel a las seis de la tarde y hablar con unas copas, ¿de acuerdo?

Por supuesto que estaba de acuerdo. Lo dejé tranquilo hasta la tarde y me dediqué a preparar mi cuestionario, a ordenar mis pruebas y argumentos. No pensé en mí como en un lunático que pudiera confundirse y hacer el ridículo más espantoso. Aquélla, sin duda, iba a ser la entrevista más importante de mi vida.

No comí ni apenas descansé. Estaba demasiado inquieto y absorto en mis pensamientos. A las cinco y media acudí al café y me senté en una mesa lateral, retirada del normal tránsito de los hoteles y que me pareció lo bastante tranquila para poder hablar en confianza y sin testigos.

A las seis y un minuto, haciendo gala de exquisita puntualidad y, a la vez, dejando que yo me pusiera mínimamente nervioso por un retraso que justo antes aún parecía posible, Mi Amigo hizo su entrada en el establecimiento. Ojeó la sala y, cuando me tuvo ubicado, me saludó desde lejos y se aproximó a la mesa exhibiendo la mejor de sus sonrisas.

-Buenas tardes.

Fingió no recordar mi nombre y me pidió que se lo indicase.

-Tengo tan mala memoria. Debe de ser por mi avanzada edad y por tenerla ya tan ocupada y frágil –se burló.

-Buenas tardes, Stockton. ¿O debería llamarle por otro nombre? Me pregunto quién es usted realmente.

-Stockton, llámeme Stockton –comentó, consciente de no haber deshecho el equívoco-. En todo caso, no sería el nombre lo que le indicase quién soy yo realmente.

-Pero yo sé –añadí tajante- que usted ha sido muchas otras personas en el pasado.

-Todos cambiamos, pero eso no nos hace otras personas –me corrigió, sin molestarse en negar o afirmar.

Yo, más sereno de lo que hubiera imaginado, no me dejé enredar por su cháchara. Me lancé de lleno a confesarle mis sospechas. Le hablé de las imágenes que poseía, no sólo de los recuerdos. Le comenté mis hallazgos en la bibliografía. Comenté, con el debido tono de amenaza, el misterio que envolvía siempre sus orígenes, los de cualquiera de sus personalidades. Yo era periodista y sabía informarme y sonsacar. ¿Había acaso algo turbio en su pasado?

-No le interesaría que alguien hurgara en su pasado, ni en sus cuentas o títulos de propiedad, ¿verdad?

-A nadie, amigo, a nadie le agrada que invadan su intimidad.

-Y, ¿qué defensa tiene?

-No necesito ninguna, me temo. Es usted quien me confiesa sus fantásticas sospechas sin ninguna prueba, obviamente, en la que sustentarla. La historia es magnífica, eso sí, pero no voy a confesar que usted está en lo cierto sólo porque sus vacías amenazas me causen el más mínimo temor.

-Usted es inmortal o, cuando menos, tan viejo como los datos que me remiten a sus otras personalidades.

-Casualidades increíbles o una portentosa imaginación por su parte, ¿no cree? En fin, veo que me resulta imposible convencerle de lo contrario así que, supongamos que soy ese ser inmortal que usted desea ver en mí. A todos nos gustaría ser inmortales, ¿no le parece?

-Quizá.

-Pues eso pienso yo, porque debe de tener su punto de incomodidad. Imagínese que es inmortal. La gente a su lado se muere. Aquéllos a los que toma afecto desaparecen. Otros lo persiguen dispuestos a delatarlo –al decir esto, sus ojos se rieron de mí-, y, para remate, el mundo lo aburre sobremanera y se ve en la obligación de adaptarse una y otra vez a sus nuevos modos que sólo son versiones de los viejos. Debe ocultarse de los envidiosos, debe ocultarse, igualmente, de los recaudadores de impuestos. Un inmortal, tras tanto tiempo en este mundo, debería contar con un buen patrimonio salvo que sea un completo imbécil, ¿no cree? Así, nuestro inmortal se convierte en un solitario, misterioso y huidizo, casi un proscrito. Pues, visto así, la situación no parece tan agradable, ¿verdad?

-Todo es opinable.

-Y estará de acuerdo conmigo en que la seguridad de ese inmortal dependerá muy mucho de su discreción. Si no quiere convertirse en mono de feria u objeto de persecución más le valdría ocultarse y pasar lo más desapercibido posible, sin renunciar por ello a llevar la mejor vida que pueda desear. Así las cosas, comprenderá que cualquier inmortal negaría que lo es.

-Por supuesto –admití, triunfante.

-Pero un mortal lo negaría igualmente. Es obvio.

Demasiado obvio, y demasiado sutil el señor Stockton para mí.

-Entonces, ¿qué más le dará lo que yo le diga? Piense lo que quiera de mí y déjeme en paz. Sea yo quien sea siempre le diré que sus absurdas fantasías no son más que una locura que se le ha metido en su tozuda cabeza.

Era demasiado hábil. No había negado mis acusaciones. No se había justificado. No había rebatido mis argumentos ni mis pruebas. No lo necesitaba. Lo más inteligente era mantener el equívoco y mostrarme las razones que, en cualquier caso, lo asistían. Nunca admitiría en público que era un inmortal. Nunca me pondría en bandeja la exclusiva. Y, aun cuando me confesara, y no en un mero plano ideal, su inmortalidad, ¿cómo podría demostrarla frente al mundo?

-Si no desea nada más de mí –concluyó-, me gustaría retirarme. Ha sido un placer intercambiar pareceres con usted, aunque, realmente, me encantaría que nuestra amistad terminase aquí para que ambos podamos guardar un buen recuerdo de la misma. Desearía que no me volviera a molestar con sus divertidas pero absurdas sospechas.

No había nada más que yo pudiera hacer. Así que lo dejé ir. Nos despedimos en buenos términos, aunque mi sensación era la de aplastante derrota, por más deportivamente que la asumiera.

Hasta hace un mes no nos volvimos a ver. Fue un encuentro casual y aún más breve que los anteriores. Él estaba exactamente igual, salvo por un pequeño bigote y el pelo algo más oscuro. Yo, una década más viejo. Decía llamarse Wilson, aunque conservaba la nacionalidad estadounidense. Lo abordé, le pregunté por su pasado. Se hizo, de nuevo, el loco. Pero, curiosamente, se dirigió a mí como Pérez, aunque yo no recuerdo que, en esta ocasión, yo le diera mi nombre. Estoy casi seguro de ello. Sólo casi. Y tampoco me serviría de nada la certeza. Nuestros caminos se separaron de nuevo, creo que para siempre. Ya casi al final de mi existencia, no confío en que nos encontremos de nuevo. Yo, de hecho, no lo he vuelto a perseguir, físicamente, me refiero. Estoy gravemente enfermo. Tampoco podría buscarlo aunque lo deseara, que no es el caso. Sí que he seguido con mis indagaciones. Durante los últimos años, con la red de Internet consolidada, me ha resultado más sencillo hallar datos sobre él: archivos, imágenes, algún vídeo, que me remiten a alguna de sus anteriores personalidades. Incluso tengo un cuadro del siglo XVII en el que estoy seguro de identificarlo entre la muchedumbre. Aunque puede que se trate de simple fijación por mi parte, no lo niego. Los pequeños y sutiles cambios, las diferencias en sus nombres y

personalidades no me engañan. Aunque ya hace tiempo que desistí de demostrar al mundo la existencia de Mi Amigo para señalarlo con el dedo ante todos y desenmascararlo. Ha sido mi trabajo inconcluso, mi mayor fracaso.

No voy a publicar mis datos, y menos bajo mi nombre. Quien quiera, a partir de esta breve información, puede buscarlo por su cuenta. En la red es fácil encontrar datos de Stockton o Rinaldi, incluso del propio Wenger. No sabría cómo buscar a este nuevo Wilson. Si alguien sigue mis pasos, tal vez se lleve una sorpresa. Espero que no se obsesione como yo con el asunto. O tal vez, quién sabe, encuentre algún otro inmortal entre nosotros. Puede ocurrir, incluso, que algún lector poco avisado haya recordado mientras leía estas líneas aquella aparente casualidad al cabo de los años, aquel personaje al que conoció tiempo atrás y que parece haber visto igual de joven en mitad de la calle. ¿*Deja vu*? ¿Confusión? O será realmente la misma persona que nos ha hecho viejos sin cambiar su aspecto más allá de los adornos, la indumentaria o el peinado.

Adiós, amigos. Espero haberles hecho pensar sin aburrirles demasiado. No confío demasiado en que no piensen que estoy loco. Yo, en muchas ocasiones, también lo creo. Y me gustaría haberles intrigado lo suficiente como para ponerse a indagar, aunque no tanto como para hacerles sentir inquietos o asustados como yo he pasado buena parte de mi vida.

Juan Luis Monedero Rodrigo

PARAR EL TIEMPO

El mundo está detenido,
esperando la ocasión
de encontrar otro camino
o una nueva solución.
El tiempo avanza deprisa,
sin pararse a contemplar
el resultado del rumbo
que el mundo quiera tomar.
Yo quiero parar el tiempo,
detener la realidad.

Quiero avanzar sin barreras,
pero hacia ningún lugar.
Bendita amiga pereza,
mi amada inactividad,
quiero en tu continuidad
encontrarme la certeza
de que ya todo es verdad.
El mundo está detenido,
bostezando sin saber
que le depara el destino
ni cómo lo puede ver.
El tiempo avanza deprisa,
aguardando una ilusión,
un ímpetu, la acometida
que le mueva a la pasión.
Yo quiero parar el tiempo,
controlar el devenir
de todo acontecimiento
que me pueda destruir.
Pero me duermo en blanduras,
pleno de inactividad
de una cotidianeidad
en la que, si no hay honduras,
tampoco horror ni maldad.
El mundo está detenido.
El tiempo avanza deprisa.
Yo quiero parar el tiempo.
Y me frena la pereza.

Antón Martín Pirulero

PERDER EL TIEMPO

Estamos impregnados, en estos tiempos modernos, de la maldición del *horror vacui* de los antiguos. No es el horror a la falta de materia o sustancia el que nos atenaza, sino el miedo a perder el tiempo, a que nuestra existencia se vea salpicada de instantes inútiles y vacíos. Pues en la mente contemporánea y consumista el tiempo es

un bien y su consumo inútil es equivalente a vaciar de sentido el tiempo.

Para mi desgracia, yo padezco un problema añadido y es que, será por propia torpeza y estúpida ceguera, me cuesta mucho discernir cuándo un tiempo es consumido útilmente y cuándo es absurdamente dilapidado. Es más, acostumbro a considerar satisfactorios los usos del tiempo que otros ven perdidos y más bien fastidioso consumir mi tiempo en menesteres que generalmente se aceptan como provechosos.

Está mal visto usar, gastar, se dice, el tiempo en cosas sin importancia. Se considera importante lo que da dinero o una mejor posición social. El resto parece intrascendente. Se llegan a rechazar el descanso o el ocio por sí mismos. Descansar se ve como vaguear, escapar de la vida productiva durante un tiempo. Todo lo más, se acepta que uno descanse después de agotarse en el trabajo. Y el ocio, el desconectar de todo con una diversión o distracción cualquiera, está bajo sospecha. El tiempo que no se dedica a trabajar parece adecuado emplearlo en eso que ahora se llama formación. Aprende mil cosas aunque nunca te conozcas a ti mismo. Aprende pero no pienses, no te pienses ni medites sobre tu vida o lo que te rodea. Jugar por jugar es una aberración. Ahora se lleva el divertirse aprendiendo, jugando pero instruyéndose a la vez, aprovechando el tiempo. Incluso en los niños se ve como cosa positiva el que aprendan jugando. Aquello de que la lección divertida se aprende mejor. Poco importa que el juego, en cuanto a emulación y uso de la imaginación, ya suponga aprendizaje por sí mismo. Hay que convertirlo todo en práctico y útil.

Lo de aprender jugando sirve para tranquilizar conciencias. Hoy en día están muy de moda esos juegos de "entrenamiento mental", ya sea sobre papel o en soporte informático, en los que se ponen a prueba nuestras capacidades y habilidades con problemas numéricos, geométricos, lingüísticos, de atención, velocidad o destreza. Y, pensando que con ellos mejoramos nuestra inteligencia, nos sentimos sumamente satisfechos de dedicarles tiempo, puesto que no es perdido. El que sean divertidos es una ayuda, pero no nos hace sentir culpables de dilapidar unos valiosos minutos de nuestra vida porque estamos convencidos de su innegable utilidad. ¿Y qué

pasaría si no fueran realmente útiles? ¿Y si no incrementaran nuestra inteligencia? ¿Ya no servirían? Supongo que no, que para muchos se trataría de distracciones de vagos y desocupados.

Yo les diría a esos utilitaristas absurdos que el hombre ha construido la civilización sobre el juego, que somos simples monos juguetones que damos trascendencia a nuestros actos para poder seguir jugando entre nosotros. La utilidad del trabajo, el dinero, la vida misma, siempre se puede relativizar. Por muchos "para qué" que uno se plantee, al final a cada cual le llega su final y, al margen de creencias o esperanzas, la muerte acaba con todo aquello que de material hayamos acumulado y nuestra huella se diluye en unos años o, todo lo más, un par de generaciones. Pero sé que no sirve de nada hablar en tales términos a los utilitaristas.

Aunque no deja de ser curioso lo fácilmente que caen en la paradoja estas visiones utilitaristas. Incluso los más acérrimos defensores del aprovechamiento del tiempo lo desperdician en absurdos rituales, sociales o personales. Y muchos, que denostan los juegos, sean antiguos o digitales, o diversiones tan sencillas como el cine, el teatro o la absorbente televisión, puede ser que sean aficionados al fútbol o algún otro deporte, absurdamente encadenados a unos tipos en calzón corto que corren mientras golpean una pelota de cuero. O van de caza, con colegas o con gente importante, o juegan al golf, al pádel o la ruleta. Y entonces todo les parece muy trascendente. Sea por la emoción del momento, la épica del partido, el riesgo de la apuesta. Todos buscan mil excusas a sus aficiones: laborales, sociales, etc., y, sin embargo, no quieren admitir que lo principal es que se divierten, que les espanta el aburrimiento.

Y, ¡qué curioso!, durante siglos jugar al ajedrez ha sido un pasatiempo de lo más respetado. Será porque enseña a pensar, a plantear tácticas, a superar desafíos. Los juegos sin objeto, al contrario, son cosa de niños. Igual que los videojuegos, los "marcianitos", eran tonterías de niños hasta que alguien descubrió que se vendían mejor si se convencía a la gente de que mejoraban la inteligencia, la forma física o el aprendizaje. Será que, al cabo del tiempo, no hemos cambiado mucho. El juego es serio, nos lo parece,

nos tranquiliza nuestra conciencia utilitarista, si nos ayuda a aprender.

No hay cosa peor que un mono aburrido y que no sabe qué hacer con su tiempo. Así que dejadles que piensen que sus juegos no son tales, que su tiempo no es malgastado. Que son ellos quienes deciden en qué emplean el tiempo y qué valor le otorgan, y no el tiempo el que, más pronto que tarde, iguala a todo y a todos con las taxativas leyes de la entropía.

Juan Luis Monedero Rodrigo

UN SUEÑO SOBRE ESPíAS

Una de esas tardes de septiembre, donde la estación empieza a cambiar, los atardeceres van siendo cada vez más pronto y la luz se oculta en el horizonte, a veces sentimos una melancolía, indefinida, por lo perdido, por lo disfrutado y la curiosidad por el futuro.

En esas tardes me gusta a veces leer, y dejarme llevar por la imaginación (como cuando era pequeña y en invierno me refugiaba en el hogar de casa, donde el calor era muy agradable y me ponía a estudiar, pero la verdad es que entre los libros también llevaba los tebeos, lo único que tenía para leer y disfrutaba enormemente) y me quedé dormida y empecé a soñar…

Bien, estaba en clases en filosofía, éramos muchos, un aula de esas enormes, donde la palabra del profesor, crece en inmensidad debido a la distancia, y una debe prestar toda la atención para no perder ni una sílaba. El ponente estaba en ese momento hablando de algunos temas, y en un determinado momento, una alumna se levanta de las filas principales cerca del proscenio y empieza a salir del aula...

Y el profesor la grita: usted, ustedes no tienen vergüenza, vienen al aula a provocar; ¡pero qué se han creído! La alumna muy digna, la espalda muy erguida, va avanzando hacia la salida, todos en expectación, a ver qué pasaba, y al pasar por mi lado deja caer un papel y me hace un gesto. Muy nerviosa sujeto el papel con el pie, y lo voy acercando debajo del banco donde estoy sentada.

Cuando acaba la clase, entre el griterío, y las palabras altisonantes de algunos, el profesor emitiendo improperios, recojo el papel y lo guardo en mi carpeta de apuntes, para verlo más tarde. Estoy intrigada. ¿Qué puede ser? Estoy nerviosa, no creo que sea ningún panfleto, pero tengo que deshacerme de él rápidamente. Salgo a los baños, que están llenos de compañeras, y espero impaciente a que terminen.

Por fin hay un water libre y puedo entrar, me apaño un poco mal para poder sacar el papel, hay poco espacio, y la gente está esperando.

Abro la hoja y leo: Si quieres saber más de lo que está pasando, vete por cafetería al acabar las clases y busca el grupo de teatro.

Rompo en trozos la hoja y la echo al water, tiro de la cadena y salgo, para dar paso a la siguiente. Estoy sorprendida, yo, una persona tímida, que no he destacado en hablar en el aula, que voy del aula a la Biblioteca, estoy siendo contactada por gente que se está movilizando y que quieren hacer cambiar nuestra Universidad.

Me planteo ¿acudo o no acudo?, lo pienso varias veces, y me lanzo a la cafetería de la B, para ver qué pasa. Busco con la mirada, un poco inquieta, por las mesas a ver si localizo a dicho grupo, es difícil, todas las mesas están a rebosar, la barra está a tope, y ya que iba a desistir, veo una mano haciéndome señas para que me acerque. Muchas caras conocidas, de la clase, otros de aulas distintas, y todos chicos y chicas con aspecto muy serio, muy formal. No hay presentaciones. El anonimato (relativo) es lo mejor.

Empieza a hablar Augusto, es un chico moreno con el pelo tirando a largo, pantalones vaqueros, jersey de cuello alto rojo y una bufanda negra. Nos dice con la jerga que se utilizaba en esos días: "compañeros esto no puede continuar así, estamos en un momento de especial trascendencia, y algunos profesores no secundan la huelga, ¿es que no se dan cuenta de la trascendencia para nuestro país? El profesor L. es un esquirol que no tiene en cuenta lo que se ha aprobado por mayoría en Asamblea, y la mayoría ha decidido la huelga general. Hay que boicotear su clase. No acudamos a sus clases".

Augusto es muy guapo, impregna con su mirada, su seguridad y ese discurso que tiene, y deseas que siga hablando. Al finalizar, se acerca a mí porque me he abstenido en la votación, y me intenta convencer de la importancia de nuestra actitud en ese momento. Yo creo, le digo, que boicotear una clase tan importante, donde estamos aprendiendo cosas nuevas para todos, es una oportunidad que vamos a perder, y además con uno de los profesores mejores que tenemos, …y mirándome dice: "escucha compañera, aunque tú pienses así, debes acatar la mayoría, eso es la democracia, y aunque no la tengamos en el país, habrá que empezar por algún sitio a ejercerla". "Estoy de acuerdo", le comenté, "pero para mí es una contradicción, deseo secundar lo que votamos, pero por otro lado necesito esas clases". Seguimos un rato hablando sobre el tema, y ya es hora de irse para los autobuses, e ir a casa. Mañana nos veremos.

Mi corazón se aceleraba cuando estaba hablando este compañero, le he visto un par de ocasiones, y me había fijado en él, pero iba con otro grupo, y es la sensación igual a la que sientes cuando subes a la sierra nevando, y sientes un hormigueo por todo el cuerpo, maravilloso, y me resulta extraño, pues a mí quien me gusta es "Garfunkel".

Petra Salgado

MARAVILLAS DE LA CIENCIA

Confieso mi ignorancia suprema y mi sensación de inferioridad infinita. Confieso mi sorpresa, mi fascinación, mi maravilla. Proclamo a los cuatro vientos que no hay ciencia más moderna y precisa que la económica.

¿En qué ciencia se acepta sin inmutarse que los dogmas mantenidos durante décadas se volteen sin pudor en cuestión de meses? Sólo en la prodigiosa ciencia de la economía. Los grandes economistas, los empresarios y políticos no padecen la lacra del fundamentalismo. Es por ello por lo que no les duelen prendas a la hora de cambiar digos por diegos e inventar una nueva ciencia económica al llegar una crisis cualquiera. En otras ciencias, anquilosadas en sus rancios saberes, existen dogmas casi inmutables, es necesaria una

revolución para alterar ideas asentadas y siempre han de aportarse pruebas sólidas para apuntalar cualquier novedad. Sin embargo, la magnífica ciencia de la economía es tan flexible como para afirmar un día las bondades del libre mercado y la no intervención y al siguiente aseverar que el mercado ha de estar regulado y sus errores y abusos corregidos, enmendados y subvencionados por el otrora maléfico estado, sólo necesario para favorecer la seguridad de los próceres de la nación.

Debo de ser muy obtuso, lo admito. Pero tengo ganas de aprender y un tremendo deseo de enmendarme. Estudiaré a los clásicos, si me dicen cuáles son, renegaré de antiguas convicciones como quien cambia de camisa y arrimaré a mi sardina el ascua argumental que mejor me convenga en cada caso. Nunca se me han dado muy bien los bailes en los que se han de mover las caderas con un cierto ritmo, pero prometo desarrollar tanta cintura cuanta sea precisa para favorecer el avance y progreso de tan postmoderna sabiduría.

Como científico impenitente, lo confieso, se me hace extraño recuperar, como trajes abandonados dentro del armario, viejas teorías que se dieron por falsas en el pasado. Se me hace semejante a que nuestros astrónomos recuperasen a Ptolomeo para estudiar el firmamento, nuestros médicos a Galeno para tratar nuestras dolencias o nuestros químicos a Paracelso a la hora de realizar un análisis de una muestra. Pero debo abandonar mis viejos prejuicios. Llamadme reduccionista. Lo soy. El absurdo peso de la prueba aún me obnubila, la necesidad de fundamentos y razones, de método científico y análisis todavía se aferran a mi mente espesa. Pero seré capaz de abrir mi mente a las nuevas realidades de la economía. Admitiré sin reparo que las teorías económicas, como las modas en el vestir, son cuestión de gusto y oportunidad, no el fruto de sesudos estudios y complicados análisis. Abrazaré la teoría necesaria en cada momento. Hoy el recuperado Keynes, mañana Adam Smith y, si es necesario, hasta al odiado Marx –Karl o Groucho, no me decanto de antemano por ninguno de ellos-. Seré un gran economista. Prometo estudiar la ciencia. O no estudiarla. Acepto consejo acerca de cuál es la opción más apropiada.

Estoy decidido a comprarme hermosos trajes, camisas deslumbrantes y corbatas a juego. También chalecos, si son precisos. Y zapatos italianos, españoles o chinos según lo exija la situación. Sé que para ser gran economista es importante el aspecto. Todo el mundo sabe que los hombres bien vestidos, sobre todo los de reloj de oro, alfiler de corbata y gruesos gemelos en los puños, jamás se equivocan en sus valoraciones y son infalibles en sus juicios, cual pitias de la antigüedad.

Ha de reconocérseme la intención. Mis prejuicios son fuertes y antiguos. Resulta difícil deshacerse de ellos. Pero estoy dispuesto a abandonar las supercherías en las que creía hasta ahora. Dejaré de ser pesimista, ecologista, reduccionista. Ya soy un fiel de la economía. Demostraré lo que se me pida. Admitiré como cierta cada demostración y su opuesta. El mundo progresa gracias a tan magna ciencia. Sólo los estúpidos, los cerriles y los envidiosos pueden poner en duda los grandes logros de la divina economía. Que el mundo no avanza es una falacia. La realidad de los ciclos económicos es una ley natural. La autorregulación de los sistemas complejos, una realidad ajena a los locos científicos que pretenden controlar sus simples experimentos, meros juegos de niños desocupados. La economía es la ciencia del presente, la ciencia del futuro. La ciencia que nunca se detiene, la que nunca avanza, la que retrocede, la que se desdice, la que tiene la verdad.

Y todo esto, ¿a qué viene? ¿Por qué este cambio? No debería requerir de explicación. Las conversiones son por iluminación, por impacto, como la de San Pablo. Pero, en mi caso, la revelación sí que tuvo un disparador. Hace unos días escuché al presidente de uno de nuestros grandes bancos. Este sabio de nuestro tiempo, arquetipo del triunfador y del hombre de bien, completando el comentario de un político, afirmaba sin pudor, y sin argumentos más allá de su supremacía intelectual de gurú económico, que el Estado debía intervenir en algunos bancos, con dinero, claro está, pero nunca nacionalizarlos. Todo el mundo sabe que lo público es malo y tabú. Que lo privado es lo que funciona bien. Que el mercado ha de ser libre. Que la competencia es genial. Que el mejor de los mundos es el paraíso neoliberal. Que hay que refundar el capitalismo sin cambiarlo… Vaya,

necesito un curso acelerado de economía actual. Me temo que mis ideas siguen siendo demasiado confusas y que no tengo muy claro cuál es el paradigma de conocimientos actuales sobre economía al que debo adherirme en cuerpo y alma. Será mejor que, para evitar suspicacias, realice la proclamación de fe, la única ley universal e inmutable de la economía:

Alabado sea nuestro señor… EL DINERO.

Juan Luis Monedero Rodrigo

CAGADAS VELOCES

Es divertido ver a la gente meter la pata. Es más divertido aún ayudarles a que metan la pata, empujarlos a cometer errores, atribularlos, azuzarlos, acelerarlos y luego dejarlos estrellarse de la manera más absurda.

Yo, no merece la pena detenerse en ello, jamás podré compararme a grandes hombres del sector, como ese Madoff al que admiro profundamente, pero debo confesar, no sin cierto orgullo, que también he hecho mis pinitos, en diversas ocasiones, como timador de ricachos. Timar a pobretones o a simples tiene su gracia, pero es tan fácil que hasta a mí me da un poco de lástima. No sucede igual con los ricachos encopetados, pagados y seguros de sí mismos, dispuestos a presumir ante todo el mundo de su pasta y su saber estar, afirmando sin recato que son hombres hechos a sí mismos aunque con ello no logren negar el que son "hijos de"… ¡Vaya! Me ha quedado un poco dudosa la frase. Me refería a que son herederos indolentes de grandes fortunas.

Basta para ello con mezclar, en las proporciones adecuadas, unos cuantos ingredientes de mágico efecto. A saber: caradura -que ya la pongo yo sin mayor problema-, la golosina de unos grandes beneficios –tan jugosos como simples de conseguir-, piquito de oro –el mío de nuevo- y la capacidad de meter prisa al bobo para que se lance en plancha antes de que los etéreos beneficios se escapen de sus manos por su tibieza y falta de decisión –nada molesta más a estos grandes hombres que el ser tildados de pusilánimes o indecisos.

Camelarse al personal es todo un arte. No hace falta que yo lo diga. Ni tampoco que presuma de mis malas artes para engañar al

prójimo, que se cuentan entre mis mayores virtudes. Engatusar a quien piensa pegar un pelotazo, robar legalmente, engañar a todos aquellos que han sisado dinero para hacerse ricos, es uno de los grandes placeres que he podido disfrutar en mi no tan larga existencia pero sí llena de hedonismo y diversión. No me confundan. No soy ningún Robin Hood justiciero. El fruto de mis timos es para mis vicios, no para cualquier otra obra de caridad. Mi concepto de justicia social empieza y termina por mi muy amada persona… Acertaron: soy un egoísta impresentable. Gracias por haberlo pensado, pues me halaga.

El típico timo (no muy distinto de aquellas historias de estampitas y cubiletes):

Lo primero ganarse la confianza. A algunos los conocía por mis padres y sus negocios. A otros me los camelaba tras un breve trabajo de espionaje: enterarme de cuál era su banco y quien su administrador, o del agente de su gestoría. Luego, con su nombre y su teléfono, les llamaba para decirles que les hablaba en nombre de su persona de confianza. Les ofrecía un negocio genial. Una inversión apenas conocida, al límite de lo legal, con beneficio inmediato, seguro y astronómico. Pero una sola pega, de ahí la urgencia de mi llamada. Debían decidirse de inmediato, en cuestión de horas. Al día siguiente sería demasiado tarde. A partir de ahí, si el tipo había picado el anzuelo, yo sugería una cantidad y un posible beneficio, apenas en susurros, para hacerme el interesante y el misterioso, y, de seguido, proponía una cita inmediata, no en mi oficina, para que mi jefe no sospechase que ponía ese chollo en manos de los amigos de mis amigos, aunque no fueran clientes nuestros, sino en otro lugar. Yo no decía cual era mi empresa, aunque siempre dejaba en el aire la posibilidad de que fuera una u otra. El misterio, el hacer las cosas a la espalda de mi jefe y como un favor personal, como si estuviera conchabado con el director del banco o el gestor, solía animar al incauto. Pensaría que no tenía nada que perder por escucharme. Y es cierto que alguno no perdía nada, pero en esta categoría se incluyeron bien pocos. Los listillos siempre mordían el anzuelo, siempre se arriesgaban ante la promesa de dar un pelotazo.

En la entrevista yo seguía manteniendo el tono de misterio. A veces hablaba de acciones, otras de bonos, otras de participaciones en

empresas concretas, siempre inventadas. A un tipo le tongué vendiéndole participaciones en una mina de bismuto. Tal vez el tipo tenía mal el estómago y pensaba que aquello era un negocio redondo. Si fue así, supongo que desde entonces su consumo se habrá incrementado, con su estómago alterado, o su intestino, y unas aerofagias aún más tremendas que las que entonces padeciera.

Yo les largaba mi milonga, sin pausa, apresuradamente, sin errores. Tengo un buen piquito y, aunque suelo ser demasiado vago para currarme mucho las cosas, las charlas las llevaba más o menos preparadas. El resto quedaba a mi imaginación. A veces la improvisación era una baza más. Puedo ser amable y convincente cuando me lo propongo, y muchos tipos, pagados de sí mismos y seguros de su superioridad, se tragaban mis bolas con una sonrisa en los labios.

Tras el rollo, después de sugerir una pasta gansa con un escaso riesgo, les apretaba las clavijas: ¡ahora o nunca, amigo mío! Y muchos aflojaban la guita sin pensar. Otros pensaban, hasta hacían consultas –vete a saber a quien- y volvían con una amplia sonrisa y el talonario preparado. Alguno me indicaba que se lo había comentado a un amigo y también quería participar, si podía, otros que habían dado la orden al banco y las gracias al director –que aún lo debía de estar flipando-,tan sólo una minoría regresaba negando con la cabeza, o cabizbajo tras conversar con el verdadero paganini –mujer, suegro, jefe-, y me decía que, sintiéndolo mucho, no participaba. Tan sólo un tipo, lo recuerdo perfectamente, se me rió en la cara y me dijo que tenía mucho morro. Luego se fue con viento fresco, divertido aún por la situación. Pero casi todos, nerviosos y aturullados, me firmaban un talón o me daban la pasta en efectivo. Parece mentira que en nuestros tiempos aún haya tanta gente que lleva un taco de billetes de los grandes cogidos con una goma. O somos todos muy rústicos o muy desconfiados –no conmigo, claro está- o el dinero en negro abunda más de lo que todos se atreven a pensar. Yo me decanto por esta última posibilidad. Mejor para mí, porque así es más difícil que luego te reclamen la pasta por lo legal.

Tampoco les pegaba una mordida espectacular. Supongo que si les hubiera dicho que la inversión mínima eran cincuenta mil euros la

mayoría se me habrían echado para atrás, pero con mil o dos mil euros, cinco o seis mil en los casos más claros y decididos, yo iba servido. Mis gustos son caros, pero tampoco soy tan ambicioso.

Yo les decía que todo estaba hecho. Ellos firmaban un contrato, que yo llenaba, a mi vez, de firmas y sellos. Les entregaba copia, tarjeta de "mis oficinas", mi móvil personal, un dossier con los datos de su inversión. Hasta les indicaba, en plan buen rollito, cuál era mi pírrica comisión: el cinco por ciento de la pasta que se iba a multiplicar como los panes y los peces. Y, tras celebrar el asunto con una copilla, o sin ella, nos despedíamos en los mejores términos, ambos seguros de haber hecho un buen negocio, aunque sólo yo con razón.

Nos despedíamos y adiós muy buenas. A la mayoría no los volvía a ver, y mira que me hubiera apetecido. Alguno, al recuperar la serenidad, se preocuparía e indagaría. Y se cagaría en mis pobres padres. Mi nombre y teléfonos eran supuestos, como los contratos. Supongo que si me hubieran pillado me habrían entrullado, pero no se dio el caso, aunque en una ocasión a punto estuvo de producirse. A veces, en muy contadas ocasiones, sí que les daba mi teléfono, porque eran unos lerdos de marca mayor y me apetecía escucharlos y seguirles contando milongas. Hubo a uno que, con la excusa de recuperar lo inesperadamente perdido, le endilgué tres inversiones sucesivas, a cual más pintoresca.

Quizá si alguno leyese esta revista se preocuparía por buscarme las cosquillas. Pero estoy tranquilo, porque este panfleto lo leen cuatro gatos y porque esos mequetrefes dudo de que supieran realmente leer –me refiero a comprender y fijarse en revistillas del tres al cuatro-. Quizá alguno se plantease denunciarme, no lo sé. Pero no me encontraron. Salvo uno de ellos. Que supuso el fin de mis andanzas engañabobos-financieras.

Tal vez fue un error engañar a amigotes de mi padre. Pero no pude resistirme. Era como joderle un poco a él también. Me consta que dio pasta a un par de energúmenos que le dijeron lo que habían perdido por mi culpa. Ni se les ocurrió que los hubiera engañado deliberadamente. Pensaron, simplemente, que yo era un mal asesor. ¡Ay inocentes ovejitas! ¡Mis queridos lobos ceporros!

En general yo salía por patas y ahí se terminaba el problema. Hasta que pinché en hueso. Fue con el señor Chinarro. Con ese nombre ya me podía haber imaginado que algo iba a salir mal. Tenía unas malas pulgas del copón el colega. Y era medio socio de mi padre. Así que, cuando descubrió que había perdido un poco de calderilla, le fue a mi padre con el cuento y le amenazó con denunciarme. Creo que lo decía en serio el muy cabrón. Debía de ser el único pringado que no me había pagado en negro la "inversión". Mi padre evitó el escándalo, como casi siempre, largándole la guita y una indemnización. A mí me cayó una bronca considerable, pero el marrón se lo comió el solito. Le sentó tan mal la cosa que me amenazó con cerrar el grifo si volvía a repetirse mi "mamarrachada", así la llamó. Creo que la amenaza era vacía, como siempre, pero tampoco quiero matar a mi viejo de un infarto, no por el momento, así que me hice el arrepentido, le dije "lo que tú digas, papá", y me dediqué a otras distracciones y a gastarme su pasta y la que les había birlado a todos esos tipos.

Cagadas veloces, ya os lo digo yo. Cuando queráis metérsela doblada a alguien, aturulladlo, dadle prisa para que no piense y cobraos el trofeo. Ahora que si os sale mal no me vengáis con quejas. No todo el mundo tiene la habilidad necesaria. Quien no sepa torear que no se meta. No todo el mundo puede ser vuestro amigo y vecino cabrón:

Sergi Lipodias

LA QUIETUD DESEADA

No existían espaciopuerto ni ciudades. Aquello era algo que nunca jamás en sus muchos viajes le había sucedido. Ni nunca imaginó que pudiera llegar a ocurrir. Aunque, en realidad, bien sabía que en parte se lo había buscado él por aceptar ese encargo.

Todo empezó cuando, en su visita a Daidas, el mundo de los esquarrel, tan pacífico como monótono y civilizado, le ofrecieron aquel contrato que, al menos en apariencia, sonaba infinitamente más interesante, salvo por la soldada, que el último realizado. Los esquarrel son grandes comerciantes y están dispuestos a relacionarse con quien sea y donde sea con tal de obtener un mínimo beneficio. Los

esquarrel, cuyo mundo se encuentra en las proximidades del espacio humano y son bien conocidos por las demás razas asociadas, poseen, sin embargo, delegaciones comerciales en casi todos los confines del universo más allá incluso, según se cuenta y es de creer, de los inestables límites de las regiones conocidas y aun las apenas exploradas. Por una materia prima novedosa, una manufactura única o un producto exótico, los esquarrel son capaces de viajar donde sea y como sea. Por eso a Jonás no le sorprendió su propuesta. Acababa de transportar hasta Daidas material informático humano de elevado valor a instancias de uno de los mayores mercaderes de Daisaudii, la capital y centro principal del imperio comercial esquarrel. El comerciante, de nombre Astuat, era un esquarrel típico: diminuto, renegrido, sin rasgos peculiares en su cabeza troncocónica más allá de la característica banda tricolor viso-olfativa de los de su especie. Y, ante todo, era tan mezquino como todos los de su clase e, igualmente, buen pagador de sus deudas, aunque los costes de las mismas siempre estaban ajustados al mínimo. Jonás ya había trabajado en unas cuantas ocasiones con este Astuat y sabía que era un tipo de fiar, siempre que uno no se dejara embaucar por la letra pequeña de sus picajosos contratos, especialidad esquarrel para engañar a los incautos e ingenuos. Como Jonás no se encontraba entre éstos, sabía que un trabajo con cualquier esquarrel y con Astuat en particular significaba, de manera habitual, riesgo nulo y beneficio casi seguro. De hecho, los portes del material informático habían sido generosamente abonados por el alienígena, que obtendría pingües beneficios por su venta en cualquier mundo semidesarrollado, y cabía pensar que el nuevo negocio propuesto fuera, cuando menos, igual de provechoso para ambas partes.

-¿Conoces a los kuats? –preguntó Astuat a Jonás a la vez que le entregaba su tarjeta personal recargada con la cuantía en créditos pactados por el porte. El traductor universal que Jonás portaba al cuello intentó dar a la traducción el mismo timbre chirriante que tenía la voz del esquarrel.

-No –replicó Jonás con sinceridad-. No sé quienes son ni por qué te interesan. Pero estoy seguro de que me lo vas a explicar.

Con los esquarrel convenía ser directo y no dar lugar a equívocos lingüísticos si uno no quería recibir una perorata confusa y verse expuesto a una jugarreta por parte de tu interlocutor que, casi siempre, se traducía en un mal negocio con pérdida propia y ganancia para el alienígena.

Astuat no se tomó a mal, ni mucho menos, la franqueza del transportista terrícola.

-Tengo un negocio que tal vez nos pueda interesar a ambos.

-Tú dirás.

-Los kuats son vecinos nuestros. No los conoces porque se trata de un pueblo bastante atrasado tecnológicamente y que no suele relacionarse con otras especies. Viven en el tercer planeta de nuestro sistema, el siguiente a Daidas, y, en general, serían poco interesantes para cualquiera si no fuera porque cuentan con las mejores minas de galio de todo este sector de la galaxia.

-Ya veo. Quieres o tienes un cargamento de ese galio que necesitas que alguien te transporte hasta aquí. Pues ya sabes mi precio. Si las condiciones me satisfacen, puedo ser tu hombre.

-¡Ay amigo Jonás! –chasqueó el comunicador- No comprendo que sigas tan desconfiado. Sabes que yo no arriesgaría mi dinero y tu nave en un asunto dudoso y que siempre he sido un buen pagador.

-Habitualmente sí –replicó Jonás, sin poder evitar que una sonrisa aflorara a sus labios al recordar aquel primer negocio con el esquarrel en el que perdió dinero debido a una de las aparentemente inocentes condiciones del contrato que en su día firmó. Pero, hoy en día, sí se fiaba del mercader, y del programa de análisis legal con el que había implementado los bancos de memoria de Betsie.

-Los kuats tienen unas costumbres un tanto extrañas. Para que te hagas una idea son un pueblo nómada y no cuentan con ciudades al uso en las que puedas hallarlos. Pero, con la computadora de tu nave, no tendrás problemas en localizarlos. Y son un pueblo pacífico y hospitalario, si es eso lo que te preocupa.

La idea de visitar el planeta de un pueblo nómada situado junto a una de las regiones más tecnificadas del universo conocido por los humanos sonaba particularmente atrayente para Jonás. Su mente curiosa empezó a sopesar la conveniencia de hacer aquel viaje,

más de investigación que comercial, siempre que las condiciones de los portes fueran mínimamente favorables para su nunca exuberante economía.

Jonás, no obstante, no quiso comprometerse de inmediato. Quiso revisar el contrato con todas sus cláusulas e insistió en que los precios de la carga y los portes aparecieran claramente reflejados. El margen del diez por ciento de los beneficios le pareció a Jonás más que aceptable una vez comprobado el coste del viaje y los de la materia prima tanto en origen como el definitivo de la venta. Y, como la computadora de Betsie no pudo darle ninguna información sobre unos kuats que habitaran en Ssta, el tercer planeta del sistema de Daidas –aunque existían otros kuats más bien sanguinarios y belicosos más allá de los confines de la nebulosa del Bocado del Can que nada tenían que ver con éstos-, a Jonás la aventura empezó a parecerle realmente interesante. No iba a perder una oportunidad de ganar algo de dinero –no demasiado pero sí suficiente- a la vez que entablaba contacto con unos extraterrestres desconocidos para casi todos. En cualquier caso, si el viaje era menos interesante de lo previsto, podría volver enseguida a Daidas, cobrar el transporte del galio y marcharse a otro lugar de la galaxia a seguir con sus negocios. Lo más gracioso, y no del todo agradable para Jonás, es que el pago por el galio se hacía en pieles de effes. Los effes, por describirlos de algún modo, eran algo así como cocodrilos peludos y sin ojos de un par de metros de tamaño y enorme boca llena de horribles dientes. Jonás no imaginaba que nadie apreciase sus pieles para vestir ni su carne para alimentarse de ella. Al parecer, los kuats los criaban para tales fines y medían su riqueza según la posesión de aquellas fieras extrañas que los esquarrel consideraban una plaga semejante a las ratas para los hombres. Y a Jonás, la verdad, no le entusiasmaba la idea de que las bodegas de su Betsie fueran abarrotadas de aquellos seres malolientes que irían cargados vivitos y coleando, aunque adormecidos, para no tenerlos que alimentar. Jonás podía imaginar pesadillas de effes escapados de su encierro y colonizando a placer los huecos y recovecos de Betsie y no sólo dispuestos sino incluso deseosos de mordisquear al humano –Jonás- que cometiera la imprudencia de pasear por las bodegas de la nave. Paranoias aparte,

Jonás decidió que el viaje era lo bastante interesante y provechoso –sobre todo para el despierto esquarrel que iba a vender ratas a cambio del valioso galio- como para aceptar el transporte previa firma del farragoso contrato con Astuat.

Por eso se encontraba ahora Jonás en el medio de un desierto, con Betsie clavada en mitad de la arena y maldiciendo a los dichosos kuats que habían alzado su campamento horas antes de que la nave tomara tierra y pese a haber sido avisados por el sistema de radio –suerte que contaban con él y que su idioma, conocido por los esquarrel, pudo ser transferido al traductor universal- de que una nave de transporte iba a aterrizar en la zona con intención de realizar un intercambio comercial que pareció sumamente interesante a los esquivos kuats.

Jonás no tuvo otra opción que encender su sistema de radar y tratar de localizar a los kuats. Hubo relativa suerte. No se habían alejado demasiado y el aparato captó su situación. O eso creyó. Se hallaban a apenas seis kilómetros de donde Betsie reposaba. Probó a comunicarse con ellos por radio y los kuats, como si tal cosa, le respondieron que ya iban a su encuentro. Obviamente, habría parecido más razonable esperarlo sin moverse, pero se hallaban en movimiento y, por lo que parecía, estaban dando una vuelta en torno de la posición de Betsie. Tal vez era una especie de homenaje a su visitante, o un modo de precaverse ante unas intenciones que pudieran ser hostiles, para mantenerlo vigilado desde lejos o, más posiblemente, no había más razón para aquellos movimientos que una costumbre extraña de un pueblo igualmente extraño. Sea como fuere, aquello libró a Jonás de tener que alzar el vuelo o enviar una sonda de exploración para encontrarlos. Si hubieran estado más lejos, el radar de tierra no habría sido suficiente para su localización. Así que, una vez comprobado que los kuats estaban por allí, Jonás intentó armarse de paciencia. Si era su intención, ya se acercarían hasta él para establecer contacto. Tampoco era cuestión de perseguirlos y volverlos a espantar. Aunque, si tardaban en hacer acto de presencia, Jonás no descartaba descender en su vehículo de tierra e ir a buscarlos, tal vez gritando por el intercomunicador un "vengo en son de paz" que, a la carrera, no resultaría demasiado creíble.

Al cabo de dos horas estándar Jonás pudo ver la nube de polvo que se alzaba en la llanura a medida que los kuats se aproximaban. Con las cámaras de su nave, Jonás pudo tener, desde lejos, un primer vislumbre de aquel pueblo nómada y primitivo mientras se desplazaba. Y la imagen captada por Betsie no fue precisamente hermosa. Los tales kuats, si es que efectivamente eran ellos, parecían algo así como arañas gigantes. Tenían sólo cuatro patas musculosas con las que galopaban sin cesar. En el centro se alzaba un torso pequeño, sin cabeza, del que salían un par de extremidades laterales a modo de brazos y en el que se vislumbraban una serie de manchas que, tal vez, fueran órganos sensoriales. La sofisticación de aquellas gentes no iba más allá de la posesión de una especie de carromatos con grandes ruedas de radios que golpeteaban sobre el suelo conforme eran arrastrados por los propios kuats, que parecían actuar como animales de carga de sus pertenencias.

-Saludos, amigos kuats –les dijo Jonás cuando ya estaban próximos y confiando en que la potencia del traductor fuera bastante como para hacerles llegar sus palabras.

Lo extraño fue que, lo escucharan o no, estaba claro que lo habían visto. Y no por ello redujeron el ritmo de su carrera. Jonás se sintió como si estuviera en un hipódromo terrestre o como espectador de una carrera de deslizadores. Los kuats seguían corriendo como locos sin hacerle caso. Bueno, no exactamente. Uno de los kuats que iba un poco más rezagado, se desvió de la columna de sus congéneres y pasó a toda carrera junto a Jonás. Le pareció que aquel individuo le decía algo, pero Jonás no pudo entenderlo puesto que el extraño chirrido que emitió no fue adecuadamente captado por el intercomunicador, que emitió el típico mensaje "problemas de interpretación" que daba ante un mensaje incompletamente traducido. Jonás sólo tuvo ocasión de contemplar brevemente al personaje. Parecía un centauro deforme y con trazas de artrópodo. Con cuatro patas de muslos poderosos como de saltamontes que, más que correr, parecían desplazarse a saltos. Entre ellas un cuerpo ovoide rematado por un saliente estrecho en el que se asentaba un trozo de tela, que bien podía ser un gorro para ¿protegerse? del intenso sol. En aquella protuberancia superior había un grupo de ojos negros, como los ocelos

de las arañas, y una rendija que igual podía ser boca que nariz o ambas cosas a un tiempo. En el torso, como rasgo más llamativo, había unas largas hendiduras que lo recorrían longitudinalmente, de arriba abajo, formando seis líneas paralelas. Jonás vio como aquel ser seguía corriendo y sólo cuando se había alejado un buen trecho iniciaba un amplio giro merced al cual volvía a enfilar su carrera hacia la posición de Jonás. Conforme se acercaba, a sus oídos comenzaron a llegar unos chirridos, como de grillo, de entrechocar de piezas rígidas, repetitivos y de intensidad creciente.

-Por favor, le agradeceremos que nos siga –tradujo finalmente el comunicador en un tono apremiante.

Y, dicho aquello, el kuat pasó nuevamente a escasos metros de Jonás y prosiguió su alocada carrera no se sabe muy bien hacia dónde. Jonás observó perplejo la marcha de aquel tipo y se quedó un instante parado, sin saber si había entendido bien y si era conveniente hacerle caso. A lo lejos, la columna de los demás kuats también había modificado el sentido de su marcha y enfilaba, nuevamente, hacia donde se encontraba el transportista.

Finalmente Jonás, encogiéndose de hombros, se dispuso a descargar el módulo de tierra. Hacía siglos que no lo utilizaba. De hecho, ni siquiera lo había revisado para comprobar su funcionamiento desde aquella peripecia en el planeta de los tanxos. Pero no había razón para que no se encontrara en perfecto funcionamiento. Tampoco sabía muy bien qué debía transportar consigo. Así que decidió llevar tan sólo algo de comida, agua y ropa por si estaba más tiempo del previsto lejos de Betsie. Por suerte, la atmósfera del planeta era respirable –densa y sin mucho olor, con más oxígeno quizá del que Jonás solía respirar, lo que le daba cierta sensación de euforia- y el sol brillaba con bastante intensidad como para hacer funcionar el vehículo sin necesidad de recurrir a sus baterías, que podrían serle muy necesarias si tenía que escapar a la carrera de aquellas criaturas que igual podían ser estrafalarias que peligrosos dementes. Dejó a Betsie en modo vigilancia, herméticamente cerrada y con todas las vías de comunicación abiertas.

-En fin… –se dijo, sin terminar la frase de encomienda a una divinidad indeterminada con que pretendía haber concluido su alocución.

Montó en el módulo de tierra y tuvo que acelerar para acercarse a aquellos inalcanzables corredores. Conforme se acercaba al grupo principal se le aproximó el del gorro y se puso a correr a su lado, en paralelo a su vehículo y manteniendo su velocidad de desplazamiento.

-Gracias por su comprensión. Esperamos que haya tenido un buen viaje y confiamos en que la transacción sea provechosa para todos.

Aquello parecía un saludo en toda regla y más amable de lo que aquella actitud huidiza le había hecho sospechar. Jonás sabía que correspondía ser educado.

-Me llamo Jonás Fresasconnata, de la Tierra, y… esto… ¡Leches! ¿Es que no podemos detenernos y hablar reposadamente?

A Jonás le pareció que el kuat dudaba. Evidentemente había cometido una indiscreción, pero el transportista estaba harto de tener que proseguir con esa alocada carrera y no entendía por qué debía seguir hablando y conduciendo a la vez en lugar de acercarse a Betsie, descargarla y descansar un rato como gente civilizada o salvajes de mejor tono que aquéllos. Por un momento temió que su interlocutor se ofendiese o asustara y se marchara otra vez a la carrera, pero no fue así. El kuat habló en un tono que el comunicador tradujo compungido.

-Lo lamento, señor. Pero no podemos detenernos. Pensábamos que los esquarrel que lo envían le habrían avisado al respecto de nuestras –pausa dubitativa- limitaciones.

Jonás se sintió un poco violento. Quizá su metedura de pata había sido mayor que la prevista y lo que él había interpretado como locura no lo era tanto. Aquel tipejo hablaba de limitaciones, como si todo aquel circo fuera una necesidad y no una manía.

-Disculpe mi ignorancia –se apresuró a decir-. No pretendía ofenderlos. Pero es que no comprendo la necesidad de abandonar mi nave para perseguirlos a ustedes. Pueden comprobar que no traigo ninguna arma y que vengo en nombre de sus amigos los esquarrel.

-Eso no lo ponemos en duda, señor. Lo que ocurre es que estamos incapacitados para detenernos como usted o las piedras. Debemos correr siempre o moriríamos en unos instantes.

Por primera vez en toda la jornada los ojos de Jonás se abrieron como platos y al fastidio y la incomprensión los sucedió una buena dosis de curiosidad. Aquello sonaba verdaderamente interesante. Estaban incapacitados para detenerse. Ésa parecía ser su limitación. Y Jonás no podía hacer otra cosa que seguir preguntando y satisfacer su curiosidad por aquellos kuats que, además de nómadas salvajes, tal vez resultaran interesantes sujetos de estudio para el sociólogo aficionado.

-Me gustaría que me explicase esa incapacidad con mucho más detalle, si no le importa –añadió Jonás en un tono que dejaba traslucir el buen humor que comenzaba a invadirle.

-Ante todo le diré que mi nombre es Schsk –no debía de tener significado, pues el traductor volcó el chirrido en una transcripción meramente fonética- y que nosotros los chskuatsch –así sonó, aunque el comunicador tradujo kuats- somos un pueblo pacífico y hospitalario que le da la bienvenida y espera que su estancia entre nosotros sea agradable como un fuerte viento de poniente.

Jonás dudaba de que aquel viento fuerte pudiera resultarle agradable, pero comprendía que el tal Schsk pretendía ser amable y le dedicaba, además de un saludo y una tardía presentación, una fórmula tradicional de bienvenida y acogimiento.

-Me siento honrado por vuestras atenciones –mintió, consciente de que la comodidad no parecía posible si iba a tener que pasarse las horas conduciendo a toda velocidad por la interminable llanura- y acepto vuestra hospitalidad.

-Con respecto a su pregunta –le interrumpió el kuat- le diré que también a nosotros nos sorprende que ustedes los que vienen del cielo no necesiten moverse como lo hacemos nosotros. A nosotros nos resultaría imposible vivir sin respirar.

Y Jonás, perplejo ante aquellas palabras, tenía la impresión de que cada vez comprendía menos. Confiaba, eso sí, en ser capaz de proseguir su interrogatorio a Schsk y enterarse de la razón de

aquella carrera y aquel galimatías en que se estaba convirtiendo una explicación que había intuido sencilla.

-Si no corremos continuamente, no podemos respirar y morimos asfixiados en breves minutos. Ésa es la razón de que no nos podamos detener. Espero que nos comprenda y nos disculpe.

Jonás no terminó de comprender bien nada después de aquellas breves explicaciones. Sí que lo hizo al cabo del tiempo, tras convivir durante un par de días con aquel campamento itinerante que no se detenía ni para dormir. No era ésa una necesidad típica de los kuats que, al contrario, en vez de detenerse para dormir, durante la noche se dedicaban a desplazarse aún más rápido con el fin de que la bajada nocturna de las temperaturas no supusiera la hipotermia de los individuos. Así que, por la noche, Jonás se detenía, plantaba su tienda y dormía. A la mañana volvía a buscar a los kuats y así proseguía con sus negocios y, ante todo, con el diálogo y la observación con los que pretendía conocer a aquel pueblo extraño.

Gracias a ello Jonás terminó por comprender lo que les sucedía a los alienígenas. Todo su modo de vida se organizaba en función de sus necesidades respiratorias: su vida nómada, su civilización primitiva, sus modos de actuar. Schsk le había dicho durante aquella alocada primera jornada que los de su pueblo necesitaban correr continuamente para no perecer de asfixia. Sonaba raro, pero era cierto. Y Jonás comprendió finalmente el porqué. Los humanos, igual que muchos otros seres vivos, cuentan con órganos ventilatorios con los que realizar el intercambio de gases. Casi todos los seres inteligentes conocidos necesitaban de un fluido respiratorio del que extraer oxígeno con el que realizar los procesos oxidativos propios de su metabolismo. De esta regla general sólo escapaban unos cuantos organismos fotosintéticos y un par de aberraciones que acumulaban oxidantes químicos por otros medios. En el mundo inconsciente la variedad metabólica era bastante mayor: había seres anaerobios, quimiosintéticos, fotoheterótrofos. Pero se trataba, en todos los casos, de seres más bien simples y no muy voluminosos. Los organismos complejos requerían de metabolismos activos. La mayoría de los seres activos utilizaban reacciones oxidativas para obtener su energía y, entre ellos, los más abundantes eran los seres que

empleaban el oxígeno como molécula oxidante, ya que era una de las moléculas con mayor capacidad para captar electrones y la única lo bastante abundante como para que los seres vivos dispusieran de ella con facilidad. Una vez que el organismo alcanzaba un tamaño moderado, la consecución del oxígeno presente en los fluidos ambientales se basaba en mecanismos que movilizasen el oxígeno para que su difusión a las estructuras respiratorias fuese satisfactoria. A eso se le llamaba ventilación, algo de lo que los kuats, seres complejos, voluminosos e inteligentes, carecían por complejo, lo que limitaba muy mucho su modo de vida.

En la Tierra, los organismos más complejos eran terrestres y aprovechaban para su actividad el abundante oxígeno atmosférico. Poseían órganos ventilatorios que introducían el aire cargado de oxígeno en sus cuerpos y luego expelían aire residual cargado de dióxido de carbono. Los insectos, tan exitosos y activos, carecían de mecanismos ventilatorios y en ellos el aire alcanzaba los tejidos corporales por simple difusión a través de un complejo sistema de tubos llamados tráqueas, lo cual limitaba notablemente su tamaño, pues dichas tráqueas dejaban de ser eficaces en organismos de gran tamaño. En el agua, los organismos que necesitaban más oxígeno para poder desarrollar una vida activa, o bien eran mamíferos de respiración aérea o, en el caso de los peces, se veían obligados a desplazarse rápidamente para conseguir el oxígeno suficiente a través de sus branquias extrayéndolo del agua en la que se encontraba a muy baja concentración. Era típica, además, la imagen de un pez boqueando y "tragando" agua para que pasase a través de las agallas y así conseguir una dosis extra del imprescindible oxígeno. Y los pobres kuats eran semejantes a peces que corrían sin parar por tierra firme para conseguir que el oxígeno necesario fuera incorporado a sus organismos. Al carecer de estructuras ventilatorias, su único modo de conseguir el oxígeno imprescindible para desarrollar su actividad era moverse constantemente para que así el aire atravesase sus cuerpos. Para eso servían las hendiduras de su torso, por ello iban corriendo, medio saltando como saltamontes, siempre adelante. Ellos no poseían unos pulmones con músculos que los dilataran y contrajeran como fuelles. Así era como los humanos

conseguían intercambiar los gases respiratorios sin que el aire se acumulase y se viciase. Y muchos otros seres contaban con sistemas parecidos. Pero no los kuats que, a lo largo de su evolución, habían solucionado el problema a la inversa: en vez de mover el gas a través de sus pulmones, ellos se movían constantemente a través del aire para hacer el recambio de oxígeno con el que mantenerse vivos. Para ellos detenerse era dejar de respirar y, en consecuencia, morirse. Para ellos la quietud era imposible, por ello debían estar moviéndose constantemente. Para ellos era admirable que Jonás no necesitara moverse para respirar. Para ellos detenerse era imposible, una idea extraña y sugerente. La quietud era un sueño irrealizable. La quietud deseada era sinónimo de muerte. Si un kuat deseaba acabar con su vida, tan sólo debía detenerse. Y, de hecho, cuando uno de los suyos se moría, empleaban una expresión que parecía eufemística, pero era una clara descripción del suceso: quien fallecía, simplemente "había dejado de correr". Y es que, en la vida de los kuats, correr era sinónimo de respirar y, por tanto, de vivir.

Por eso mismo causaba admiración lo mucho que los kuats habían llegado a conseguir pese a sus limitaciones metabólicas. Aquella vida nómada que parecía un retraso, era un gran avance para su civilización. Los kuats no tenían ciudades, ni cultivos, ni monumentos. Ni tan siquiera funerales. Pero eran seres dotados de inteligencia, sensibilidad y una capacidad de sacrificio y trabajo que los había permitido sobrevivir y crear una sociedad organizada. Seres que se ganaron, sin hacer nada especial, el afecto y respeto de Jonás que, sin que le fuera solicitada colaboración alguna, se propuso ayudarlos en la medida en que le fuera posible.

Y Jonás contaba con algunas ideas al respecto. Causaba lástima y admiración ver cómo los kuats se manejaban en sus asuntos. Ver sus campamentos móviles, sus grandes rebaños de bestias –incluidos los monstruosos effes-, sus conversaciones, sus juegos, su modo de trabajar. Jonás pudo ver sus minas de galio y el modo en que se empleaban en la extracción del mineral. Los mineros entraban a la carrera a la mina, picaban durante breves instantes la roca –no contaban con herramientas más sofisticadas que rudimentarios picos de acero-, salían disparados y medio asfixiados y aceleraban el ritmo

de su carrera para recuperar el resuello antes de regresar al túnel para extraer las piedras que hubieran arrancado.

También era digna de verse la escena de una familia de kuats comiendo en grupo. Ver cómo cocinaban sin detenerse –lo que más les gustaba era la carne asada-, ver cómo recolectaban hierbas o frutos, observar como construían sus tiendas -que sólo les servían para protegerse de la lluvia y para guardar sus enseres y alimentos- sin detenerse. Y, lo más emocionante de todo, observar su intensa emoción cuando se alzaba una ráfaga de viento frío e intenso, que podía ser muy molesta para un frágil humano, pero que suponía una bendición para un kuat, pues le permitía frenar su carrera y, en algunos casos, hasta detenerse para contemplar el paisaje o descansar, aprovechando que el viento de cara realizaba cómodamente el intercambio de gases que sus cuerpos requerían.

Los kuats eran, sin lugar a dudas, uno de los pueblos más admirables con los que Jonás había tenido nunca la ocasión de relacionarse. Y, además de su coraje y valía, Jonás admiraba también su bondad, la hospitalidad con que lo recibieron y la sencilla armonía con que se conducían en su vida cotidiana.

Así pues, una vez fue descargada Betsie y los kuats dispusieron de suficientes effes como para organizar un buen rebaño y un festín en honor de su invitado –que, amablemente, declinó la oferta de probar la carne de los effes que le fue ofrecida, aduciendo la excusa, no del todo cierta, de que su organismo no era compatible con aquellas viandas-, una vez que la nave fue cargada, tras una intensa sesión de carreras, con el mineral de galio que había justificado las razones económicas del viaje, Jonás consideró llegado el momento de brindar una verdadera ayuda a sus nuevos amigos. No podía permanecer entre ellos por mucho tiempo más, así que debía apresurarse. Bien que le habría gustado permanecer más tiempo con ellos, y no sólo para seguir aprendiendo sus interesantes costumbres, tal vez con idea de escribir una monografía -de dudoso interés para cualquier editor- y no un simple artículo informativo ante la Asociación de Sociólogos Aficionados a la que el transportista pertenecía, pero tenía un compromiso con Astuat y debía cumplirlo llevando al comerciante sus mercancías. No obstante lo cual sí que

disponía de tiempo suficiente como para hacer un regalo a sus nuevos amigos.

Jonás había estado meditando acerca de la conveniencia de su regalo. Un regalo que antes le había costado imaginar en los términos precisos de su ejecución. Porque, aunque Jonás no era ingeniero, ni un buen artesano, ni tan siquiera hábil con las manos o especialmente imaginativo, había tenido una ocurrencia que, en su modesta opinión, le parecía poco menos que genial. Los kuats tardaron en comprender de qué se trataba, pero cuando asimilaron la idea también se mostraron eufóricos ante la posibilidad, aunque un tanto escépticos con respecto a su viabilidad. A Jonás se le había ocurrido fabricar para sus amigos un pulmón artificial, una especie de respirador de fuelle, similar a esos sistemas endotraqueales que se usaron antiguamente en la Tierra, que permitiera insuflar aire en las membranas respiratorias de los kuats sin necesidad de tener que seguir corriendo. Había tenido la idea de regalarles la posibilidad de la quietud deseada. Y se propuso fabricar un prototipo antes de marcharse.

Para ello se encerró en su Betsie y le encargó las piezas que creía necesitar. Como no era ni mucho menos un experto, la fabricación fue más bien trabajosa y el artilugio resultó más voluminoso de lo previsto. Pero, a la postre, parecía que funcionaba. Era una especie de cilindro metálico con un sistema de émbolo y fuelle que permitía el llenado de una bombona de aire y su expulsión, a presión, a través de una boca de respiración. Su funcionamiento podía ser tanto manual como mecánico, acoplando el émbolo a un motor. Y no era muy manejable, es cierto, pero tampoco demasiado pesado, de modo que podía transportarse con relativa facilidad. Sólo faltaba probarlo con los kuats. Para ello Jonás cargó el prototipo en el vehículo de tierra y se lanzó a toda velocidad en pos de la columna de kuats. Cuando estuvo con ellos, le propuso a su amigo Schsk que lo probara. Le había hablado de él y la idea de detenerse y seguir vivo fascinaba al kuat. Aunque también le daba mucho miedo. No obstante, aceptó la prueba. Si le faltaba el aire sólo tenía que asumir la decepción, dejar el respirador y lanzarse a la carrera. Conque Schsk se puso el aparato a modo de mochila, empezó a accionar el

mecanismo de fuelle y comprobó maravillado que, efectivamente, podía detenerse y seguir respirando. Su reacción no fue tanto inesperada como sorprendente. Después de permanecer unos minutos quieto, respirando por el aparato, el kuat, eufórico, se lanzó a una alocada carrera sin siquiera quitarse el respirador. Aquellas carreras aceleradas eran un modo habitual de mostrar alegría por parte de los kuats.

El prototipo fue mostrado a Ffakss, el jefe de la tribu. También él lo probó, aunque el miedo le hacía vibrar los músculos de las piernas –signo inequívoco de nerviosismo y emoción entre los de su especie. Pero se sobrepuso a él y, tras varios minutos estático e incrédulo, también él echó a correr como alma que lleva el diablo antes de volver junto al campamento itinerante.

-Gracias, amigo Jonás, nos has regalado la vida –dijo Ffakss en nombre de todos los suyos, y Jonás no pudo contener las lágrimas por la emoción.

Al cabo, el invento no pareció ser tan determinante como el viajero había previsto. Ni por asomo los kuats se planteaban alterar su modo tradicional de vida e incorporar el respirador como aderezo permanente de sus anatomías. Jonás les fabricó cinco aparatos más. No contaba con materiales para hacer más respiradores ni para depurar el prototipo ni miniaturizarlo. Pero los kuats se lo agradecieron igual. La idea de los alienígenas era emplear aquellos artilugios cuando fueran imprescindibles o especialmente útiles, ya fuera en las minas, en la recolección de alimentos, en alguna reunión o festividad, al recibir a comerciantes o embajadores extranjeros y, sobre todo, vieron que el respirador era una bendición en la enfermedad. Si un kuat sufría un accidente y no podía moverse, o si simplemente la enfermedad lo debilitaba reduciendo su movilidad, el kuat quedaba condenado a una muerte segura. El respirador iba a salvar muchas vidas y permitiría el nacimiento de una ciencia desconocida hasta entonces entre los de su especie: la medicina.

Poco más podía hacer Jonás por sus nuevos amigos. Prometió que les enviaría nuevos respiradores. No a su cargo. Podía ser voluntarioso, pero no era rico ni tan desprendido como para emplear su fortuna en ayudar a otros seres, por simpáticos que le resultaran.

Aquello, además de una buena obra y una brillante idea –la mejor que recordaba haber tenido-, podía convertirse en un interesante negocio. Los kuats, cuando comerciaran con su galio o cualquier otro producto del que fuera excedentario su mundo y su economía, ya no pedirían tan sólo ganado, material electrónico o ropas. Ahora pedirían respiradores hechos a medida, o adquirirían los materiales y la tecnología precisos para fabricarlos.

Jonás se despidió de sus amigos, a los que pudo ver corretear haciendo increíbles cabriolas mientras Betsie se elevaba del suelo. No sabía que nunca iba a volver a verlos. Y tampoco supo si su primitiva civilización inició una rápida evolución y sofisticación gracias a su invento. Pero sí que comunicó a Astuat su idea cuando se presentó ante él con el cargamento de galio y dispuesto a cobrar el dinero pactado. Por un momento, ingenuamente, temió que al esquarrel no le agradase la ayuda prestada a los kuats. Tal vez a los ricos habitantes de Daidas no les convenía que los kuats progresasen y pudieran competir con sus vecinos. Pero pronto vio que aquello no preocupaba en absoluto al práctico esquarrel. Al contrario. No sólo era ridículo pensar que los kuats fueran a progresar gracias a tan poca cosa y menos aún que se convirtieran en rivales de los esquarrel, sino que la colonización económica del tercer planeta de su sistema iba a ser más provechosa al mejorar las condiciones de vida de los kuats. No cambiarían, probablemente, en gran medida, pero si sacaban su galio con más facilidad todos, especialmente Astuat, se beneficiarían con la novedad. Así que el esquarrel agradeció vivamente a Jonás su idea y se comprometió a fabricar respiradores para los kuats. Negocios son negocios y un esquarrel sabe ser agradecido si la ocasión lo merece, así que Astuat dio una bonita bonificación a Jonás por su diligencia y el transportista, feliz, se pudo marchar de Daisaudii montado en su Betsie con la cuenta corriente algo más saneada, con un cargamento de manufacturas esquarrel –que se venderían bien en los sistemas próximos- y la impagable satisfacción de haber ayudado a unas gentes necesitadas y recibir a cambio –tal vez por primera vez en su vida, pues casi siempre le salía el tiro por la culata- la gratitud y amistad de todo un pueblo. Jonás se sentía importante y feliz. Y aquella sensación, por

más que sufriera reveses futuros, le acompañaría durante mucho tiempo y le serviría de acicate cuando volviera a sentir tentaciones –tan habituales en él aunque inapropiadas, lo sabía, en un sociólogo- de intervenir en las vidas de gentes de otras culturas. Estaba tan feliz que, mientras viajaba en soledad a través de las inmensidades del espacio, se puso a cantar alegremente una vieja tonada de la vieja Tierra. Lástima que sólo Betsie escuchase su voz y no fuera capaz de apreciar su buen humor ni su arte.

Juan Luis Monedero Rodrigo

LA RELIGIÓN CAPITALISTA

Alguno pensará que el título del artículo no sugiere relación con el tema de este número. Habrá quien lo vea normal. Si quieres interesar al lector, háblale de lo realmente importante: ¡pasta! Para alguno, esa afirmación sería, lamentablemente, cierta. O, quizá, afortunadamente. Hay gustos para todo. Pero el caso es que el tema no está tan traído por los pelos como alguno podría pensar porque, en esta religión capitalista, como en cualquier religión conocida, predomina el inmovilismo, con sus dogmas de fe inmutables y sus principios inamovibles. A veces se los recita o salmodia de modo semejante para apuntalar nuestra fe y convencer al prójimo, con ese afán proselitista de todos los fanáticos.

Hay quien cree que el capitalismo es un sistema insuperable. El mejor, sin punto de comparación ni posibilidad de discusión. El único. Y uno, en estos tiempos absurdos, está por creerlo, al ver los mercados bailando sobre el abismo y ninguna alternativa económica.

No, tranquilos, no voy a hacer un panegírico de ninguna otra teoría económica. Nada más lejos de mi intención que demonizar y beatificar sin sentido. Para mí eran fanáticos iguales, creyentes de sus propios dogmas, los marxistas de otro tiempo. Bueno, también algunos de nuestro tiempo. Pero me sorprende ese afán por la ortodoxia que pretende sacralizar lo que tenemos, sin plantearse que no por ello es perfecto ni que alguien más inteligente que nosotros no pueda desarrollar un sistema mejor.

Este artículo viene a santo de algo que leí hace poco. En esos Estados Unidos extremistas cristianos y liberales –hay de uno y de

otro y, muchas veces, mezclados-, los más recalcitrantes personajes ultraconservadores –religiosos y económicos- han puesto el grito en el cielo por las ayudas del nuevo presidente de la nación que tanto les suenan al pecaminoso socialismo. En sus mentes estrechas son iguales el marxismo, el leninismo, el estalinismo, el castrismo, el maoísmo o, peor aún, el fallecido eurocomunismo o la convaleciente socialdemocracia. Si me apuran, creo que también encontrarían serias pegas a la democracia cristiana y hasta algunas formas de liberalismo. Los tipos se rasgan las vestiduras y anuncian, frotándose las manos, la llegada del Apocalipsis económico, satisfechos por el fracaso del reformador y dispuestos a retornar al dogma "neocon" que ahora algunos herejes ponen en entredicho.

Es curioso que muchos de estos ultraconservadores se declaren fervientes capitalistas neoliberales y fervientes creyentes cristianos, como si fuera cosa lógica el que ambas facetas aparecieran en sociedad juntas e incuestionables.

Para demostrar las cortas entendederas de cierto tipo de personas, nada mejor que reducir sus principios al absurdo. Así que, para ejemplo de grandes pensadores, vamos a hacer aquí el experimento mental definitivo en cuanto a compatibilidad cristiana y capitalista se refiere.

Supongamos que Dios –su dios- es realmente un tío con toda la barba –blanca- y además ferviente capitalista.

Así las cosas, aplicará a sus decisiones y juicios, incluso al gobierno de sus cotarros celestial y terrestre, los principios de tan magna ciencia. Es de suponer, ¿verdad?

¡Leches, qué gracioso resulta todo desde esta perspectiva!

Tal vez se plantee la productividad. Aunque, es de suponer, la medirá en almas –dejo al lector que decida si cuantificadas en número, masa o excelencia-, el quid de su negocio. Tal vez tenga una segunda marca –llamémosle infierno- para colocar productos de dudosa calidad, mientras almacena en el Purgatorio los productos poco definidos.

Si hay una crisis de fe, tocará hacer expedientes de regulación de empleo –o quizá santificación-, cambiar los métodos de trabajo e, incluso, modificar las estrategias de mercado –el hoy

llamado "marketing"- aunque ello suponga alterar un tanto los dogmas o inventar otros nuevos.

Los eslóganes funcionan: condenación o sumisión. Hasta que el Dios vengador se pasa de moda –demasiado exigente el tipo- y hay que modernizarse: ahora toca el Dios del buen rollito, de la paz, el amor y la fraternidad. Suena bien y consigue un montón de feligreses. Incluso se crean diversas franquicias que, bajo un mismo Dios, ofrecen productos diversos y no siempre compatibles. Lo malo es el riesgo de atomización. Uno desea el monopolio, pero es difícil cuando el consumidor es tan variable como el ser humano. Resignado al oligopolio, con segundas marcas y franquicias entre la propia feligresía, es un buen invento el de la herejía. Lástima que, en la competencia por el fiel, en ocasiones se llegue a las manos y las diversas guerras santas alteren el almacenaje e inventariado de las almas.

Aquí nadie es imprescindible. El Jefe, con la excusa de la ubicuidad, puede exigir a los empleados la total movilidad laboral. Si bajan las entradas o se reduce el consumo, siempre hacen falta responsables. Uno no va a contradecirse literalmente, pero siempre puede reorganizar el equipo y poner a algunos ejecutivos notables en la segunda fila, para pasar más desapercibidos.

-Mira Miguel, que eso de la espada ya no se lleva. Te vamos a poner en oficinas para que no molestes.

Durante mucho tiempo, con altibajos, el negocio se ha mantenido. Y con notable éxito. Es lo que tiene la publicidad, que convences a la gente de desear lo que no necesita y hasta pensarlo imprescindible. Incluso hoy el negocio va por barrios pero, si no se quiere perder cuota de mercado, va a tocar cambiar a algunos representantes. Es lo que tienen el trabajo fijo y el funcionariado. Estas iglesias de hoy en día, tan acomodadas, no dan el juego suficiente. Está bien eso de movilizarse, de usar las nuevas tecnologías, pero los pobres encargados no entienden los cambios del mercado global.

Va siendo hora, creo yo, de que Uno mande un nuevo comercial, bien preparado, bien presentado, para reactivar el mercado y que el negocio de la fe repunte, no sea que las dos marcas –Cielo e Infierno- se queden en cuadro. Este comercial –profeta- debería

tener una mente abierta y cintura suficiente como para colocar el producto entre todos los que han quedado al margen del mercado, voluntariamente o por desinterés. Tal vez, incluso, podría servir para unificar franquicias y acercar el ansiado monopolio. Tal vez hasta lograr desbancar a otras marcas ajenas en el competitivo negocio de la fe.

No me atrevo a sugerir un eslogan. Uno sabe perfectamente lo que tiene que hacer. Lleva miles de años en este negocio.

Juan Luis Monedero Rodrigo

ACTIVAR EL CONSUMO

La actual crisis económica –también la social, de la que, en ocasiones, nos olvidamos- pasa por ser un estado de ánimo tanto como una coyuntura del mercado y la geopolítica.

A la crisis energética o la bancaria se ha llegado por malas prácticas y falta de previsión. Pero la solución, todos los economistas lo saben, no es una contracción del mercado, una alteración de nuestro "modus vivendi", sino que pasa por una agresiva revitalización del mercado, tan decaído en nuestros días por la falta de ánimo y la pusilanimidad de gobernantes, empresarios y populacho, el inconsciente motor de la recuperación.

Si nuestra economía, y la global, no remontan el vuelo no es por las deudas de los bancos, la falta de créditos o las dudas de las empresas, sino por la fatídica retracción del consumo, que ha paralizado las economías y puesto el miedo en el cuerpo de los hasta ahora felices empresarios.

Pero el mundo puede estar tranquilo. Narciso ha puesto su mente a trabajar en busca de la solución de los problemas que hoy en día nos atenazan.

Estoy seguro de que a los gestores, políticos e industriales a los que apenas alcanza la camisa al cuello les satisfará con creces mi aportación a la ciencia económica y verán en mis palabras la luz al final del túnel, la salvación deseada que se les presenta antes de lo esperado y sin coste algunos para sus maltrechos ánimos y economías.

La ciencia psíquica, psiquiátrica y psicológica acude esta vez al rescate de la macroeconomía. Una interferencia esta que no por sorprendente e inesperada dejará de ser menos oportuna.

Señores, sepan que será el hipnotismo quien recupere el consumo y relance la economía para que abandonemos más pronto que tarde estas procelosas y oscuras aguas de la crisis.

Todos deseamos consumir y reactivar la economía, pero a muchos les vence el miedo. Temen las deudas y facturas, los horribles créditos que no saben si podrán, pobrecitos, pagar. Temen al paro, a las letras, las hipotecas, la recesión, las regulaciones de empleo. La pobre gente que depende de un sueldo y de su trabajo para lograrlo se muere de miedo y no les llega, literalmente, el sueldo, si lo tienen, a fin de mes. Pero todos han sido educados como consumidores. Se sienten cómodos y satisfechos visitando los grandes centros comerciales, asumiendo su papel como compradores. Su conciencia queda tranquila y su ánimo elevado si realizan las pertinentes, o no tanto, compras. Pero hoy en día les puede la sensación de culpa si se dejan llevar, les reconcome la conciencia de no hacer lo debido. Se sienten impelidos a ahorrar, a guardar sus eximios recursos cuando lo que más desean es el despilfarro, hacer que su tarjeta de crédito eche humo y su cuenta corriente se quede escuálida.

¿Cómo compaginar ambas tendencias? ¿Cómo lograr que el mercado vuelva a funcionar cuando la mayor parte de la población se siente ahogada por las circunstancias? Pues es más sencillo de lo que parece. Habrá quien piense que se trata de una burda manipulación, pero yo lo veo, más bien, como un simple impulso liberador, un empujoncito para que se olviden de sus miedos y se dejen llevar por sus instintos en la siempre oportuna búsqueda de la felicidad.

Nada más sencillo que someter a la clientela a una sesión de hipnotismo. Creo que la práctica habitual de lanzar mensajes y consignas al rebaño, tan usada, y tan apropiadamente, por políticos y publicistas, hoy en día no es suficiente para vencer los arraigados temores, así que pienso que las sesiones deberían ser más específicas. Bien individuales o, en todo caso y si el coste de la práctica se considera demasiado alto, en pequeños grupos, que podrían considerarse una forma de terapia grupal o relajación, y no sólo de

conseguir que la gente baje la guardia y olvide los temores. Incluso veo factible y hasta necesario el suministrar a ciertos grupos reacios o desestabilizadores, si no al común de la ciudadanía, las correspondientes drogas desinhibidoras para que este impulso inicial se mantenga durante los meses necesarios para escapar de la recesión y volver a la autopista del crecimiento infinito.

Si se consigue que los acongojados ciudadanos liberen sus instintos, ya no será necesario inyectar más dinero en bancos o empresas. Cada cual, satisfecho con la orden de comprar, sentirá la liberación de chorros de endorfinas en sus cerebros a la hora de aflojar la bolsa y comprar lo que necesite y lo que no, lo que le apetezca y lo que se le encapriche. Nuestra economía volverá a marchar viento en popa, nuestros consumidores se sentirán nuevamente realizados y, si bien la mayoría de los bolsillos se quedará temblando, será tal el grado de felicidad del comprador como determinante el impulso dado a las maltrechas economías. Con lo que el bien para la sociedad, para el individuo y para el país compensará con creces la pequeña molestia de la hipnosis masiva y la segura terapia que se hará necesaria tras el éxtasis consumista para calmar más de una conciencia arrepentida por sus excesos. Pero, si la economía marcha bien, qué han de importar todos esos problemas diminutos. Ruinas, endeudamientos, insomnios, son un precio bien pequeño si salimos de la crisis y la nave de nuestro mundo globalizado vuelve a marchar adelante a toda vela.

No me deis las gracias por entregaros esta joya del entendimiento sin cobrar un solo euro. Soy un ciudadano de bien que sólo desea la felicidad del prójimo y la riqueza de las naciones. Con un sencillo premio Nobel de Economía me doy por más que satisfecho.

Narciso de Lego

(salvador del capitalismo y la democracia)

EL ARTE EFÍMERO

En nuestro tiempo, y dado nuestro modo de vida, estamos acostumbrados a que el arte sea tan breve como la novedad que representa. Hay grandes clásicos, nombres respetados, pero la mayor parte de la obra se pone de moda al mismo ritmo frenético con que

desaparece sin dejar apenas rastro, salvo los breves pulsos de esa otra moda del "revival", el recuerdo de lo pasado para reactivar el mundo artístico y recuperar viejas ideas para remozarlas e impulsar nuevamente el mercado artístico. Hemos llegado a una situación en que importa menos la técnica o la imaginación que la sorpresa. Incluso se duda de la objetividad del arte, de la necesidad de perfección en la factura, o al menos su búsqueda, mientras todo ha de ser contextualizado. En este mundo todo es mudable, nada parece quedar más que la memoria de los clásicos y la necesidad de cambio futuro.

Esto se aprecia en la música, con éxitos enlatados de cuatro minutos que han de ser debidamente publicitados para que logren dejar su mínima huella momentánea. Ocurre igual con la literatura, con tantos autores que resulta imposible conocer siquiera una minoría representativa de cada tendencia y un libro de éxito debe considerar afortunada una carrera que dure dos años. Apenas hay grandes ventas que se prolonguen, o se respeten, durante más de veinte años. Y, por supuesto, igual sucede con la pintura, la escultura, el cine o las mezclas artísticas que usan el vídeo o la informática, tan poco perdurables como la duración de las exposiciones en las que se presentan.

Por eso nos llama tanto la atención que en otros lugares del mundo, ajenos al vértigo de la modernidad y el llamado progreso, las ideas permanezcan apenas sin cambio, se escuchen los pensamientos de antaño, se respeten las formas de toda la vida y aun se fomente el aprendizaje de todo lo que ya fue hecho y permanece sin cambio.

Y es de uno de estos ejemplos del que quiero hablar, un caso desconocido para la mayoría de la gente en que se mezclan de un modo extraño y curioso el deseo de innovar y ser recordado de los modernos artistas y la necesidad de conservar el patrimonio cultural de las generaciones pasadas.

Voy a hablar de músicos. De trovadores que, casi como una tribu primitiva, se mantienen celosos de su pasado y sus tradiciones a la vez que tratan de ganarse la vida cantando por los pueblos ante sus exigentes vecinos. Se trata de los oldinabii, los trovadores, los cantores-poetas itinerantes que recorren ciertas zonas semidesérticas del África suroccidental, a caballo entre Namibia,

Botswana y Angola, como otros nómadas las recorren con su ganado o persiguiendo la caza.

Cuando existe la posibilidad de dejar constancia de nuestras obras, por escrito o grabadas, se hace menos urgente el poder transmitirlas a los demás. Aunque, al poco de desaparecer, todo el mundo se olvide de nosotros y de nuestras aportaciones, es tranquilizador el saber que ha quedado constancia de ellas que, en todo caso, siempre queda la posibilidad de que alguien las recupere, las redescubra.

Cuando la transmisión cultural se basa en el contacto entre las personas y se fía a la memoria de la gente, la urgencia del artista puede ser mayor, si desea que lo suyo perdure, o mucho menor, si es consciente de su contingencia. En muchos casos, la aportación individual a la cultura se diluye en el acervo común y todos cantan las mismas canciones, cuentan los mismos cuentos o realizan idénticos rituales sin preocuparse por quién los creó o de qué modo los desarrolló.

No es así entre los oldinabii. Estos músicos-cantantes son individualistas orgullosos de sus creaciones pero, careciendo tradicionalmente de formas de conservación y transmisión de sus obras, y demasiado fieles a sus costumbres y a su gremio como para modernizarse, mantienen sus usos ancestrales consistentes en que cada trovador, a lo largo de su vida, debe seguir a un maestro de cuyos temas se hace responsable y, a la vez, y si es lo bastante imaginativo, añade otros de su propia cosecha y puede ejecutar variaciones de todos los heredados. Cada músico es heredero de toda una serie de antecesores, responsable y continuador de su obra. Si un jovenzuelo con imaginación quiere triunfar, debe contar entre su repertorio con piezas tradicionales conocidas. Sólo el heredero puede interpretar las piezas que le han transmitido. A ningún otro trovador se le ocurriría copiar obras que no le han sido confiadas.

De este modo se establece un doble juego. Por una parte, el trovador viejo busca un sucesor en quien depositar sus obras, las propias y las heredadas, con la confianza de que no malogrará el patrimonio y mantendrá el buen nombre y el éxito de sus antecesores. Un mal intérprete, un heredero descuidado, un sucesor poco

imaginativo, puede comprometer todas las obras a su cargo y borrar la memoria de sus antecesores, haciendo caer sus piezas en el olvido y siendo rechazado por las tribus, que ya no querrán oírlo más. Al contrario, un buen sucesor puede mejorar las piezas propias y heredadas, puede dar nuevo lustre a canciones de poco éxito e incrementar las posibilidades de transmisión. Los intérpretes de éxito, los trovadores maduros y que desean que su patrimonio perdure, han de buscar un sucesor digno. A veces se trata de un hijo o sobrino del anterior, pero tal práctica de nepotismo suele poner en peligro la herencia musical, de modo que son muchos los que escogen a su sucesor entre los más prometedores aprendices jóvenes. Sólo los mejores logran hacer perdurar sus obras.

Por otra parte, el músico joven, el que carece de nombre, nunca encuentra oídos a sus composiciones hasta que se convierte en sucesor y aprendiz del famoso. Repitiendo los éxitos antiguos, los de su genealogía adoptada de músicos, puede viajar por los pueblos ganándose la vida y, de paso, introduce sus nuevas composiciones y las logra hacer conocidas, hasta labrarse él mismo un nombre e incrementar el éxito de los que lo han precedido. Por ello, los jóvenes peregrinan en busca del mejor maestro. Ante los trovadores más famosos, se postulan docenas de candidatos deseosos de agradar al viejo y hacerse merecedores de su herencia. Hay virtuosos de la interpretación, genios de la improvisación, honrados trabajadores de la música. Y el maestro debe escoger entre ellos al depositario de su preciada herencia. De su habilidad en la elección dependerá el éxito futuro. El mal intérprete debe conformarse con los descartes de los demás y, habitualmente, su herencia se malogra, hasta desaparecer todas las canciones del pasado que dejó al inhábil sucesor. Como es un honor ser oldinabii, son muchos los jóvenes que ensayan en sus aldeas, en el canto, en el kora, el antiguo, y el mutayi, el moderno. En el uso del terapi, el arpa tradicional, los botibis, las calabazas de percusión. Intentan repetir viejas melodías, ensayan sus propias creaciones, improvisan y, cuando se creen preparados, buscan un maestro que los adopte, como sucesores y herederos, tampiki, que es más que ser un hijo.

Si un maestro no encuentra sucesor, o el sucesor es inapropiado, su música desaparecerá con él o le sobrevivirá apenas unas décadas, hasta su total extinción de la memoria colectiva. Por eso algunos maestros adoptan varios sucesores entre los que reparten su legado, aunque eso suponga fragmentarlo. Si un joven no encuentra padrino, nunca será oldinabii o, al menos, nunca será conocido como tal. Mejor es que se busque otro oficio, porque nadie lo contratará ni sus canciones pasarán de boca en boca hasta asentarse en el recuerdo de las tribus del páramo.

Aunque se cuenta el caso de Matoro, el trovador más famoso de todos los tiempos, tan hábil con el terapi, de voz tan dulce y armoniosa, con composiciones tan hermosas, que se hizo famoso antes de hallar maestro. Luego, cuando buscó maestro, nadie quería adoptarlo, por haber transgredido las sagradas normas de la herencia. Estigmatizado por sus predecesores, ningún joven se atrevía a convertirse en su heredero. Hasta que el viejo Tulami, el arpista ciego y manco, quemado en un incendio, lo adoptó y le entregó sus olvidadas canciones. Matoro las rejuveneció, les dio nueva vida y las hizo tan famosas que aun hoy son recordadas. En agradecimiento, un nieto de Tulami se convirtió en sucesor de Matoro y se cuenta que, durante dos años, el joven Temulami se esforzó por aprender la técnica y el arte de Matoro, practicó tantas composiciones como pudo, pero no pudo aprender todo el repertorio del maestro y, por más que luego, ya convertido en hábil intérprete, trató de reconstruir algunas de las piezas escuchadas, no pudo evitar que algunas de las mejores canciones se perdieran en el olvido. Esto, según el imaginario de los oldinabii, demuestra que el músico no es nadie sin los suyos, pues el mejor de los trovadores desaparece y su obra con él si no se respetan las sagradas leyes de la herencia o los dioses tienen a bien llevárselo con ellos antes de que pueda encontrar e instruir a un digno sucesor o a varios de ellos. Es raro, no obstante, que un buen discípulo se muestre satisfecho con el reparto de una herencia, de modo que, en estos casos, las disputas entre los sucesores por esta o aquella pieza se hacen frecuentes e incómodas.

Si un occidental poco acostumbrado escucha alguna de las composiciones de los oldinabii, encontrará extraño su sonido,

demasiado simples la instrumentación y los arreglos, extrañas las voces, inexistentes los ritmos y confusas y repetitivas, monocordes, las melodías. Pero cualquier oldinabii sería capaz de diferenciar dos canciones y su autor con escuchar tan sólo un par de acordes de la pieza interpretada o una simple frase cantada. Su arte sagrado para ellos no admite discusión. En esto no se diferencian demasiado de todos los artistas que existen, existieron y existirán. Todos desean perdurar y, a la vez, cada cual hace protestas de exclusividad mientras busca confirmación en la muchedumbre, deseando que todos aprecien su arte.

Euforia de Lego

PARÁLISIS PERMANENTE

No me puedo mover. Quiero, debo. No puedo. Por más que lo intento, no consigo avanzar un solo paso. Corro, salto, doy vueltas. Siempre acabo en el mismo sitio. ¿Para qué seguir? No me rindo. Lograré moverme, cambiar, aunque sea lo único que haga. Si me muevo, mientras me muevo o lo intento, soy. Si me detengo ya no seré nada, ni tan siquiera un reflejo o sombra de los demás. Sólo el espacio que ocupo, un mero vacío.

El temible burlón

MÁS POR MENOS

Tendemos a asumir como válidas e incuestionables ideas ajenas que perduran en el tiempo sin más mérito que el apoyo de otros o una dudosa eficacia que no escapa a un análisis crítico de las mismas.

Así, la mayor parte de nosotros considera lógico y razonable valorar la riqueza de los pueblos utilizando un solo parámetro: su riqueza material. Incluso una riqueza material sesgada. A nuestros políticos, economistas y empresarios, incluso a muchos pensadores, se les hace la boca agua hablando de producto interior bruto, de renta per cápita o de productividades y bienes perecederos.

No nos cabe en la cabeza que no siempre sea el más rico quien más tiene o quien más dilapida. No se nos ocurre pensar que, si no existe clara correspondencia entre riqueza económica y felicidad, tal vez no sea esa medida la más adecuada para valorar la vida de las

personas. Que dilapidar, ir siempre a la carrera, consumir sin ton ni son, sustituir propiedades, incrementar patrimonios no siempre es sinónimo de buena vida. Que por calidad de vida se entiende otra cosa bien distinta y, aún más, que incluso se puede aspirar a una mejor calidad de vida material, con más y mejores recursos, sin necesidad de basar nuestra economía en el despilfarro, el consumo, el insostenible crecimiento o la destrucción de recursos difícilmente renovables.

Por eso nos sorprende cuando alguien, cualquier persona, desde un don nadie hasta un sesudo profesor de universidad, nos dice algo tan simple como que se puede vivir mejor con mucho menos. Que no es necesario que muchos vivan mal para que una minoría ridícula se pegue la vida padre –la consumista y despilfarradora- y que todos podríamos vivir razonablemente bien –todos los pobladores del mundo, pese a su superpoblación y su actual miseria- con bastante menos de lo que hoy en día tenemos. No sólo vivir bien, sino vivir mejor de lo que lo hacemos. Nuestro egoísmo, nuestra ceguera también, nos hacen desconfiar de que se pueda tener, en cualquier circunstancia, más a cambio de menos. Nadie da duros a cuatro pesetas, nos decimos. Si queremos vivir mejor necesitamos más y más, y más y más… Siempre más para vivir mejor. Pero, ¿hasta cuándo? Indefinidamente, nos dicen, aunque sea imposible. Ya nos tratarán de convencer de que la imposibilidad no existe o de que la desigualdad, la miseria y los privilegios son necesarios y hasta deseables.

Por desgracia para los que no creen que menos es más, que no aceptan que todos los seres humanos merecen un mínimo de recursos y que no es justo un reparto tan desproporcionado de la riqueza, la situación no es tan simple como dejarlo todo como está. Nos guste o no, parece que no hay más remedio que asumir cambios. Ya no se trata de que nos guste más o menos o de que sea mejor o peor para nosotros, al margen de cualquier idea de solidaridad, justicia social o preocupación medioambiental. Nuestro nivel de despilfarro, el del mundo rico, es tal que los recursos del planeta no dan abasto para mantenerlo. No es cuestión de que nuestro modo de vida quede en entredicho sino de que resulta imposible mantenerlo. El consumismo tal y como lo conocemos resulta inviable, salvo que pensemos que basta

con que alcance lo que dure nuestra vida, le pase al resto de la humanidad lo que le pase y dejemos la herencia que dejemos a la siguiente generación. O cambiamos en breve –unos años, unas décadas- o el mundo va a saltar por los aires sin remedio. Son muchos los que piensan que retrasar lo inevitable sólo sirve para hacer más dura y difícil la solución. Cada vez son más las voces que hablan no ya de consumo responsable, sino de reducir el consumo. No sólo de desarrollo sostenible o detención del desarrollo sino del decrecimiento económico como paso necesario para la salvación.

Muchos, la mayoría y casi todos los que nos gobiernan, aún contemplan esa posibilidad como una aberración y una herejía. Es mejor seguir avanzando por el callejón, aunque lo sepamos sin salida, mejor negar la evidencia para mantener la ilusión de que todo va bien. Pero no es cuestión de qué, sino de cuándo, cuánto y cómo. Cuándo acometeremos el desafío de cambiar nuestros hábitos. Cuánto reduciremos nuestro despilfarro y cómo conservaremos el mejor nivel de vida reduciendo nuestras dilapidadoras economías.

Si el sistema actual no es viable, mejor pensar que es realmente posible vivir mejor con menos. Mejor llevar la filosofía a la práctica de un modo no excesivamente doloroso para comprobar si nuestro deseo se corresponde con la realidad o, cuando menos, aprender lo antes posible a renunciar a todo lo que no es imprescindible, por mucho que lo deseemos y lo vayamos a echar en falta.

Yo, personalmente, soy optimista. Supongo que es una cualidad de casi todos los soñadores. Pero no creo equivocarme. Hay tanta gente humilde, incluso miserable, en el mundo que dice vivir alegre y lo demuestra cada día, tanta gente harta del modo de vida actual que hace pública su renuncia y parece satisfecha con su nueva existencia, que uno piensa que es de verdad posible vivir bien con menos y que, más que una cuestión de posibilidad, es una cuestión de cambiar de punto de vista, de costumbre y de patrón. Millones de hombres antes que nosotros han vivido con menos, y no les ha ido mal. Quizá ocurre que somos tan egoístas, tan materialmente egoístas, que siempre queremos más y, por más que esa riqueza nos aporte lo que no necesitamos a la par que nos roba nuestro tiempo, no estamos

dispuestos a renunciar a lo conseguido. Todos queremos más, que decía la canción. Y sí, todos queremos más, y mejor, y por más tiempo, y más satisfactorio, pero por menos. O no habrá un después para recapacitar sobre nuestros contumaces errores.

¿A cuánto podremos renunciar y seguir viviendo igual, mejor, o tan sólo de un modo razonablemente satisfactorio?

Juan Luis Monedero Rodrigo

CARTAS AL DIRECTOR
(¿será capaz de encontrarlo algún médium?)

PEDAGOGÍA Y MORSE

No concibo que se permita la extrema tolerancia de nuestro tiempo. No entiendo que asistamos impávidos a la degradación de la raza y la pérdida de virtudes, decoro y honor sin mover un dedo para enderezar las costumbres.

No concibo la educación sin disciplina y, en esta época de gazmoñería, insulsez y ñoñería, me siento ofendida cada día por niñatos mal criados y padres absurdos que consienten todos los caprichos de nuestros infantes.

No diré aquello de que la letra con sangre entra, aunque hay buena parte de verdad en la expresión, pero sí que afirmo rotundamente que la disciplina debe aplicarse con las armas más contundentes de que dispongan padres y educadores. En estos tiempos blandos y remilgados abundan los psicólogos, pedagogos y filántropos de toda ralea que reniegan del castigo corporal, siquiera la simple bofetada, como herramienta educativa.

Y no digo yo que el castigo físico sea la única arma frente al desorden, aunque en ciertas ocasiones parezca la única solución eficaz, pero sí que lo punitivo debe prevalecer para mantener el orden entre los infantes, adultos y ciudadanos todos. No puede ser que se reniegue del castigo pero, por otra parte, el castigo debe ser educativo,

transmitir al infante el claro mensaje de lo que está equivocado y el modo de enmendar los errores.

Es por ello por lo que me hago eco desde esta tribuna pública de una idea que no me atreveré a llamar propia y original, pero sí una idea captada de diversas formas por mí en mi entorno –parroquial, vecinal, social, familiar- y que me he atrevido a elaborar para exponerla aquí de una forma concisa, clara y organizada.

Confieso con orgullo que, cuando se la expuse al señor Grogrenko en privado antes de atreverme a ponerla por escrito, mi buen amigo se emocionó y, tras comentarme que algo semejante propuso él en su magna obra "De la educación de los infantes o puericultura sistémica", me dio su más sincera y cálida enhorabuena por mi, según él, trascendental aportación al noble arte de la psicopedagogía.

Creo, y así lo afirmo ante todos, que debemos recuperar el tradicional cachete informativo. Un sopapo a tiempo ahorra a padres y educadores vergüenzas futuras y al educando dificultades de adaptación. La bofetada, el tortazo como tal, no debe caer en saco roto. Y, si nunca se debió propinar una cachetada sin razón, hoy en día, en nuestra modernísima sociedad de la información, se hace necesario que la bofetada o, en su caso, su sucesión en forma de azotaina, vaya acompañada de todos los datos necesarios para que el pillastre pueda corregir su conducta inapropiada de modo que no se repita en el futuro.

Olvidemos los "porque lo digo yo" o "cuando seas padre comerás huevo". Tales demostraciones de poder rara vez dieron beneficios en el pasado y menos aún lo lograrán con nuestros niños de hoy en día, tan despabilados y listillos.

Por eso propongo la adopción de un método moderno de cachete informativo fruto de la reunión bajo una misma técnica operativa del semiolvidado código Morse y la siempre eficiente bofetada. Si hemos de reconvenir a nuestros pequeñuelos díscolos y traviesos, golpeémoslos con el suave ritmo de los puntos y rayas, transmitámosles al son de la azotaina el claro mensaje de su error y, si es menester, la doctrina de su enmienda. Bien es cierto que, si el mensaje es demasiado largo, se nos puede quedar dolorida la mano,

igual que al chiquillo el trasero, y, tal vez, aunque no lo creo del todo probable, nuestro mensaje, debido a su extensión, pudiera perder eficacia, por lo que propongo que, además del lenguaje corporal de las cachetadas, acompañemos el castigo de su verbalización, de modo que la idea cale más profundamente en el cerebro infantil.

Obviamente, sería ridículo golpear sin ton ni son, por lo que es preciso que la chiquillería aprenda lo antes posible a interpretar los pulsos del viejo código Morse y que nuestras somantas no sean de dolorosos palos sino de leves galletas aplicadas suavemente y sin saña con la mano sobre el pompis de las tiernas criaturas.

Creo que, con este método, el comportamiento de nuestras futuras generaciones será infinitamente mejor que el de nuestros contemporáneos y que los infantes sometidos a esta terapia se convertirán en adultos serios, responsables y cultos, magníficos ciudadanos y ejemplos de sobriedad y grato pensamiento conservador y cristiano.

Confío sinceramente en que mi idea sirva a muchos padres para encauzar el comportamiento de sus hijos y conducirlos hacia la serena madurez y la bonhomía.

Nicolasa de la Olla y Redondo de Ternera
(viuda de De Lego y experta pedagoga)

EPÍLOGO

Final. Principio. No se diferencian tanto. El mundo no ha cambiado demasiado desde que empezamos este último viaje. Tú vida, quizá, tampoco. O sí lo ha hecho y, al cabo, el movimiento no era tan trascendental.

Seguimos dormitando en nuestra pereza. Parece que nos hemos movido, pero la realidad es que las cosas siguen prácticamente en el mismo lugar, pese a nuestros esfuerzos, o gracias a ellos.

Tal vez lo importante no es avanzar, moverse, abandonar el plácido y cómodo reposo. Lo que nos tranquiliza es pensar que lo hemos intentado. Aparentar, convencerse de las apariencias, es suficiente para tener la sensación de que la inmovilidad no es tal, no es total.

No queda claro si realmente deseamos cambiar el estado de las cosas o, simplemente, nos molesta reconocer que, para bien o para

mal, preferimos el reposo antes que la incómoda actividad. Nos basta con pensar que las cosas se mueven, aunque no sea cierto. Preferimos que las cosas evolucionen por sí mismas. Si avanzan en el sentido que consideramos correcto, pensaremos que es mérito nuestro, y, si van en sentido contrario, diremos que no es culpa nuestra, sino de otros, o de nadie. De nadie porque, hagamos lo que hagamos, al final todo se desarrolla en función de un programa, vagamente determinado por circunstancias y agentes pero, esencialmente, ajeno a cualquier voluntad o impulso que dependa de nosotros.

Renunciar a la voluntad de cambio, dejarse llevar. O plantar cara al cúmulo de circunstancias aparentemente inamovibles. El dilema está servido. Pero, si renunciamos al cambio, si nos complacemos en la inmovilidad, llegará el momento en que se nos cambie el cuadro, se altere el paisaje y tal vez entonces, obligados a actuar, no seamos capaces. Aunque, si actuamos de todos modos, sin saber hacia dónde vamos, tal vez nos alejemos aún más de la solución y el muro nos parezca aún más alto tras nuestra primera acción.

Odiamos la quietud, odiamos el movimiento, nos espantan la responsabilidad y el fracaso, pero no podemos permanecer quietos por tiempo indefinido. ¿O sí?

Tendemos a pensar que un solo paso no nos lleva a ningún lugar. Un paso tras otro, ése es el camino, el de la constancia, el de la fe. Pero puede ser que, por más pasos que demos, no logremos avanzar. Tal es nuestro temor, y así seguimos atrapados entre nuestro deseo de tranquilidad y el impulso de cambiar. Difícil equilibrio.

Nosotros, cuando menos, proseguiremos con nuestras andanzas, removiendo conciencias y dando saltos de un tema a otro, como culo de mal asiento.

EL PUNTO Y FINAL

Por favor, sigue viajando con nosotros. En nuestro viaje sin sentido, en nuestro agitar de conciencias, como culo de mal asiento, contamos contigo, con tu oído, tu criterio, tu voz. De otro modo, nuestras palabras se pierden en el vacío, borrándose como si nunca hubieran sido escritas, cayendo en olvido, en quietud.

Hemos concluido un número más. Estamos contentos, moderadamente satisfechos por el resultado. Nos gustaría saber tu opinión al respecto, que nos la hicieras llegar, sin dejarte vencer por esa mortal pereza, por la desgana que todo lo paraliza.

En este número ha habido pocas voces. Les damos, igualmente, las gracias. Primero a Gerardo por su simpática portada con "progre" de vía estrecha. También a Maricarmen, con una disculpa, aunque sea a destiempo y fuera de plazo, y a Petra Salgado, que retorna por nuestras páginas. Y, cómo no, a nuestro inefable y conciso "El temible burlón". A todos ellos y a todos vosotros que leéis nuestras páginas. Somos tan optimistas que queremos pensar que con agrado, y que no os limitáis a recibir el ejemplar o descargarlo sino que lo desgranáis y lo procesáis adecuadamente.

Esperamos, como siempre, vuestras opiniones, a título personal o para que sean reflejadas en el siguiente número y, por supuesto, vuestras colaboraciones para enriquecer esta revista con más voces y más sensibilidades.

Enviad las colaboraciones y opiniones a:

e-mail: despertardelosmuertos@yahoo.es

También podéis bajaros las revistas que no tengáis de nuestra página web:

www.eldespertardelosmuertos.es

O de nuestra página de Bubok:

http://eldespertar.bubok.es

Hasta pronto.